

UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR
FACULTAD DE TEOLOGÍA
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

EUCARISTÍA MEMORIAL Y COMUNIÓN. APORTES PARA LA PASTORAL ACTUAL

TESIS DE GRADO

ANA MARÍA PÉREZ SICÁN

CARNET 17166-80

GUATEMALA DE LA ASUNCIÓN, AGOSTO DE 2017
CAMPUS CENTRAL

UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR
FACULTAD DE TEOLOGÍA
LICENCIATURA EN TEOLOGÍA

EUCARISTÍA MEMORIAL Y COMUNIÓN. APORTES PARA LA PASTORAL ACTUAL

TESIS DE GRADO

TRABAJO PRESENTADO AL CONSEJO DE LA FACULTAD DE
TEOLOGÍA

POR
ANA MARÍA PÉREZ SICÁN

PREVIO A CONFERÍRSELE
EL TÍTULO DE TEÓLOGA EN EL GRADO ACADÉMICO DE LICENCIADA

GUATEMALA DE LA ASUNCIÓN, AGOSTO DE 2017
CAMPUS CENTRAL

AUTORIDADES DE LA UNIVERSIDAD RAFAEL LANDÍVAR

RECTOR: P. MARCO TULIO MARTINEZ SALAZAR, S. J.
VICERRECTORA ACADÉMICA: DRA. MARTA LUCRECIA MÉNDEZ GONZÁLEZ DE PENEDO
VICERRECTOR DE INVESTIGACIÓN Y PROYECCIÓN: ING. JOSÉ JUVENTINO GÁLVEZ RUANO
VICERRECTOR DE INTEGRACIÓN UNIVERSITARIA: P. JULIO ENRIQUE MOREIRA CHAVARRÍA, S. J.
VICERRECTOR ADMINISTRATIVO: LIC. ARIEL RIVERA IRÍAS
SECRETARIA GENERAL: LIC. FABIOLA DE LA LUZ PADILLA BELTRANENA DE LORENZANA

AUTORIDADES DE LA FACULTAD DE TEOLOGÍA

DECANO: MGTR. RODOLFO ALBERTO MARÍN ANGULO
SECRETARIO: MGTR. HERBERT MAURICIO ALVAREZ LOPEZ

NOMBRE DEL ASESOR DE TRABAJO DE GRADUACIÓN

LIC. OSWALDO SAUL ANLEU SANDOVAL

TERNA QUE PRACTICÓ LA EVALUACIÓN

MGTR. MARIA DE LA LUZ PAULINA ORTIZ MARTINEZ



Universidad
Rafael Landívar
Tradición Jesuita en Guatemala

FACULTAD DE TEOLOGÍA
No. 14111-2017

Orden de Impresión

De acuerdo a la aprobación de la Evaluación del Trabajo de Graduación en la variante Tesis de Grado de la estudiante ANA MARÍA PÉREZ SICÁN, Carnet 17166-80 en la carrera LICENCIATURA EN TEOLOGÍA, del Campus Central, que consta en el Acta No. 144-2017 de fecha 3 de julio de 2017, se autoriza la impresión digital del trabajo titulado:

EUCARISTÍA MEMORIAL Y COMUNIÓN. APORTES PARA LA PASTORAL ACTUAL

Previo a conferírsele el título de TEÓLOGA en el grado académico de LICENCIADA.

Dado en la ciudad de Guatemala de la Asunción, a los 11 días del mes de agosto del año 2017.



MGTR. HERBERT MAURICIO ALVAREZ LOPEZ, SECRETARIO
TEOLOGÍA
Universidad Rafael Landívar

Guatemala 30 de Mayo 2017.

Señores Miembros del Consejo.
Facultad de Teología.
UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR.

Señores Miembros del Consejo:

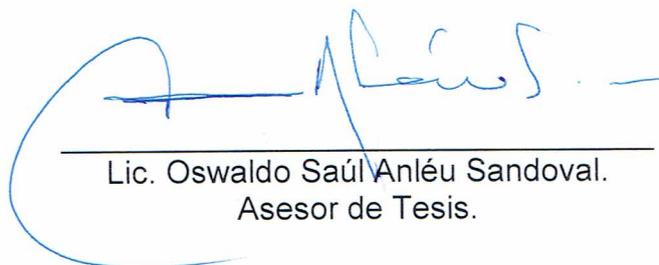
Me permito informales por este medio que he acompañado en su proceso de elaboración de Tesis, al estudiante: **ANA MARÍA PÉREZ SICÁN; CARNÉ 1716680** cuyo título es:

**EUCARISTÍA MEMORIAL Y COMUNIÓN.
APORTES PARA LA PASTORAL ACTUAL**

En la investigación realizada, **Ana María**, ha profundizado sobre dos aspectos que son esenciales, para la comprensión bíblica y teológica del sacramento de la Eucaristía: **Memorial y Comunión**. Ambos aspectos los va fundamentado a la luz de la Biblia y del Magisterio de la Iglesia, para mostrar cómo ellos no solo determinan la naturaleza y el significado teológico del Sacramento, sino que tienen implicaciones determinantes para la acción pastoral de la Iglesia. De esa cuenta, cierra la investigación, extrayendo de la reflexión teológica, unos aportes que iluminen la espiritualidad de la acción pastoral actual.

Por mi parte estoy satisfecho con el trabajo realizado por **Ana María**, y no inconveniente para aprobarlo y darlo por finalizado, de tal modo que el Consejo de la Facultad proceda de acuerdo a las políticas de la Universidad Rafael Landívar.

Atentamente.



Lic. Oswaldo Saúl Anléu Sandoval.
Asesor de Tesis.

ÍNDICE

RESUMEN

INTRODUCCIÓN	1
1. EXPLICACIÓN DEL TEMA	2
2. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	2
3. JUSTIFICACIÓN	4
4. OBJETIVOS	6
5. ALCANCE DE LA INVESTIGACIÓN	6
6. METODOLOGÍA	7
CAPÍTULO I	8
EUCARISTÍA COMO MEMORIAL	8
1. EUCARISTÍA MEMORIAL DE SALVACIÓN	11
2. EUCARISTÍA COMO MEMORIAL SACRIFICIAL	18
3. MEMORIAL DE LA PRESENCIA DE CRISTO	26
CAPÍTULO II	34
EUCARISTÍA SACRAMENTO DE COMUNIÓN	34
1. DEL MEMORIAL AL COMPROMISO	34
2. A LUZ DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS	34
3. A LA LUZ DEL MAGISTERIO DE LA IGLESIA	44
CAPÍTULO III	51
APORTES DE LA TEOLOGÍA EUCARÍSTICA PARA LA ACCIÓN PASTORAL	51
1. HACIA UN PASTORAL CENTRADA EN LA PERSONA DE CRISTO	51
2. HACIA UNA PASTORAL DE COMUNIÓN	54
3. HACIA UNA PASTORAL GENERADORA DE COMUNIDADES EUCARÍSTICAS	56
4. HACIA UNA PASTORAL ILUMINADA POR LA PALABRA DE DIOS Y EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA	57
CONCLUSIÓN	58
BIBLIOGRAFÍA	60

RESUMEN

La presente monografía: Eucaristía Memorial y Comunión, *aportes para la pastoral actual*, es un estudio teológico pastoral sobre la Eucaristía como Memorial y Comunión.

Ambos aspectos se estudian a la luz del texto bíblico y del Magisterio de la Iglesia, a modo de subrayar los argumentos que ayudan a comprender las exigencias pastorales que el sacramento plantea para la pastoral actual.

En el capítulo I, la investigación se preocupa por explicar la Eucaristía como Memorial, lo cual significa que en ella, la comunidad, revive el Misterio de la Salvación, actualiza el Sacrificio de Cristo y lo hace presente sacramentalmente en la vida de la comunidad.

Por esa razón, el capítulo II se concentra en una de las implicaciones fundamentales del sacramento de la Eucaristía, para la vida de la comunidad: *la Comunión*. Se presentan en esta parte, los argumentos que dan sustento a una presentación de la Eucaristía que deberá siempre encarnar un serio y decidido compromiso de comunión.

La investigación se concluye con el tema de los aportes para la pastoral actual de la iglesia, y en esta parte se presenta la Eucaristía como el sacramento que urge y plantea un renovado modelo de pastoral, que esté centrado en la persona de Cristo, que esté construido y llevado a la práctica en comunión, y que sea generador de comunidades eucarísticas, tal como el Concilio Vaticano II ha recordado con tanta fuerza: *“La Eucaristía es la fuente y el culmen de la vida cristiana”* (LG 11).

INTRODUCCIÓN

Realizar una investigación sobre la Eucaristía es desafiante porque entre todos los sacramentos, se le reconoce una posición esencial en la vida de la Iglesia (Cf. LG 11, PO 5; CEC 1324); y esta conciencia en la fe de la Iglesia ha hecho que sobre la Eucaristía, la bibliografía sea numerosa; pero aún así, hay que reconocer que un sacramento tan esencial, jamás se agotará en las explicaciones inteligentes, pues el misterio supera a todas las explicaciones que se puedan dar sobre él.

El hecho de realizar la presente investigación, corresponde a una inquietud que se ha suscitado con mucha fuerza a partir de la propia vivencia del sacramento, de la propia experiencia pastoral y de los mismos estudios realizados en la Facultad de Teología de la Universidad Rafael Landívar. Y el interés se centra en la cuestión bíblica, pues la teología del sacramento se construye a partir del dato bíblico, por lo cual es relevante reflexionar sobre ambos aspectos, de manera que se logre afianzar el vínculo entre Biblia y Teología.

En la Eucaristía, la Iglesia renace cada día y encuentra su alimento para realizar su camino como signo del reino de Dios en el mundo. Toda la vida de la Iglesia se nutre de este sacramento y por tanto, abordar el tema, no solo sirve para conocer mejor el sacramento, su fundamento bíblico y teológico, sino además como una experiencia propia de profundización que ilumina el quehacer pastoral de la Iglesia, pues es este misterio que sostiene la vida de la comunidad si bien como alimento, como presencia real de Cristo para la comunidad y sobre todo, como Memorial de salvación.

Se desea intensamente que la presente investigación más que publicar novedades sobre el sacramento, sirva para abrir una nueva ventana de reflexión, que ayude al creyente a consolidar su fe en Jesús, presente realmente, como pan partido para la humanidad, y que redescubriendo cada día la riqueza que emana de este sacramento, se convierta en una experiencia que invite a hacer de la propia vida, una entrega generosa, como la que la misma Eucaristía celebra, recuerda y actualiza.

1. Explicación del tema

Eucaristía *Memorial y comunión y sus aportes para la práctica pastoral*, contempla aquellas realidades esenciales que sin lugar a dudas, permiten profundizar en el misterio de dicho sacramento. Sacramento de salvación en cuanto que actualiza el Misterio Pascual de nuestro Señor Jesucristo; en ella, Jesucristo realmente presente se acerca al ser humano para salvarlo; y en ella, Cristo mismo presenta el desafío de la unión y comunión, al mismo tiempo que se ofrece como don escatológico, para una comunidad que desde su fe ora perennemente por la segunda y definitiva venida de nuestro Señor Jesucristo. “ ¡Ven Señor, no tardes!” (Ap 22,20).

El tema se aborda desde el punto de vista bíblico y teológico, pero buscando sobre todo, comprender su implicación concreta para la acción y pastoral de la comunidad. Que la vivencia del sacramento sea un encuentro personal con el Señor Resucitado que porta la salvación, que se entienda su desafío de la unión y comunión, y que no se pierda de vista, que es el alimento que sostiene la vida de la comunidad, en su camino hacia la casa del Padre, en el final de los tiempos. Porque como decía san Juan Pablo II: “*La Iglesia vive del Cristo Eucarístico, de Él se alimenta y por Él es iluminada*”. (Juan Pablo II, 2003) 6.

El tema busca aclarar no solo que la Eucaristía está al centro de la fe de la Iglesia, sino que en ella la Iglesia encuentra pastoralmente el camino ideal, para mostrarse al mundo como sacramento de salvación, de comunión y como comunidad escatológica. Se trata, de una temática que ayude a captar y explicar la riqueza de la Eucaristía para la vida de la Iglesia y de cada cristiano en particular, en su vivencia personal y comunitaria del misterio de Cristo, el cual vive en medio de la comunidad, tal como lo ha prometido en su Evangelio: “*yo estaré con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos*” (Mt 28,20).

Así pues, el tema de la presente tesis, busca investigar, subrayar y considerar los elementos esenciales bíblicos, teológicos y pastorales, que convierten la Eucaristía en fuente espiritual para la pastoral actual.

2. Planteamiento del problema

Se considera de singular importancia, afrontar una serie de preguntas que permitan intuir el valor de la Eucaristía como sacrificio, como memoria de salvación, como presencia real de

Jesucristo, como fuente de comunión y de esperanza. ¿De dónde le viene su valor? Ya desde inicios del cristianismo, la “última cena” aparece como un evento asociado directamente con la persona de Jesús y su Misterio Pascual. Esa Cena ya desde el momento en el cual Jesús la celebró con sus discípulos, tuvo un significado especial para ellos; anticipaba el sacrificio de Cristo en la cruz, de tal modo, que era imposible olvidar la orden de Jesús en aquella cena: “*hagan esto en memoria mía*” (Cf. Lc 22, 19; 1 Cor 11, 24 y 25).

Esta *última cena* se volvió una práctica central en la vida de la comunidad. Cuando en los evangelios y el Nuevo Testamento se habla de la fracción del pan y de la bendición, hay sin lugar a dudas referencia concreta a la última cena. Así la encontramos en Hch 2,42, texto en el cual, podemos ver cómo en tan poco tiempo, aquella cena tenía ya una propia identidad y un lugar central en la vida de la comunidad.

Luego podemos ver al apóstol Pablo (I Cor 11,23) corrigiendo a las comunidades que ha fundado cabalmente sobre el significado de la “Fracción del pan”. Aquella comida tiene un significado que debe ser salvaguardado. Sin embargo se puede también ver no sólo la preocupación por el significado de la Eucaristía, sino por sus implicaciones para el comportamiento de los cristianos.

A partir de ahí, es posible interpretar que toda aquella experiencia de la *Fracción del pan*, como Memorial y comunión, contiene grandes sugerencias de espiritualidad para la pastoral actual.

La centralidad de la Eucaristía en la vida del cristiano plantea una interrogante que parece determinante: ¿Se ha comprendido el valor de la Eucaristía? En la práctica, resulta evidente, que ni la comunidad, ni quienes la presiden muchas veces, parecen caer en la cuenta del verdadero valor de la Eucaristía. Es por eso, que se siente la necesidad de investigar desde la biblia los elementos que permitan una mejor comprensión de lo que el sacramento es y obviamente a partir de ahí una mejor vivencia del mismo.

Para ello es justo profundizar sobre los elementos bíblicos y teológicos de mayor relevancia que ayuden a entender la Eucaristía, como espacio donde acontece realmente la presencia de Cristo, que salva, que se entrega como alimento, pero que también se queda como compañía segura que sostiene el itinerario espiritual de los creyentes. Pues como dicen los Obispos de

Latinoamérica: *“La comunión de la Iglesia se nutre con el Pan de la Palabra de Dios y con el Pan del Cuerpo de Cristo. La Eucaristía, participación de todos en el mismo Pan de Vida y en el mismo Cáliz de Salvación, nos hace miembros del mismo Cuerpo (Cf. 1 Co 10, 17).”* (APARECIDA, 2007) 158.

3. Justificación

A pesar de la catequesis abundante sobre la Eucaristía, es evidente en la vida cotidiana de los cristianos, que aún no se ha alcanzado a comprender lo valioso de este sacramento. El dato bíblico y teológico acerca de El no se conoce, y si se conoce, las interpretaciones dejan mucho que desear. Este vacío en la conciencia de quienes son cristianos católicos, explica perfectamente la indiferencia, la apatía, la falta de compromiso y la falta de testimonio acerca del sacramento de la Eucaristía en las comunidades.

Ciertamente no es posible explicar el misterio, pero acercarse a la Biblia y a la teología del sacramento es esencial, para comprender su verdadero valor y significado. Con respecto al texto bíblico, se reconoce que ha sido ampliamente comentado, pero lamentablemente acaban siendo textos tan especializados, que no llegan a la gente “común” y cuando así sucede, su comprensión y significado pastoral se tornan muy complicados. Es notorio que hace falta una catequesis que tome en cuenta el texto bíblico acerca de la Eucaristía, para comprender su verdadero fundamento y sus consecuencias para la vida pastoral. Se considera en la presente investigación, la gran necesidad de ir al texto bíblico, como punto de partida para considerar la importancia de la Eucaristía como sacrificio salvífico, como nueva presencia real de Cristo en medio de la comunidad, como fuente de comunión y como don escatológico.

Teológicamente el tema debe llevar a profundizar en el misterio eucarístico, lo cual se considera una tremenda necesidad pastoral, pues cuando hablamos de la Eucaristía pensamos fácilmente en el rito, en el modo como se expresa el sacramento, pero no ahondamos en su contenido, es decir, en el sentido del sacramento para la vida de los creyentes.

Pero es quizás desde la perspectiva pastoral donde cobra mayor relevancia la investigación, dado que la Eucaristía debiera ser una prioridad pastoral, es decir, que no solo exige un tipo de pastoral, sino ella misma debe ser una propuesta pastoral. Así parecen entenderlo los obispos de Latinoamérica, reunidos en Aparecida, pues todo el capítulo V de las conclusiones finales, está

dedicado al tema de la Eucaristía, haciendo énfasis en su situación pastoral. Cf. (APARECIDA, 2007).

Pastoralmente, hay que reconocer la falta de formación, la falta de conocimiento acerca de la profundidad del vínculo existente entre Eucaristía e Iglesia. (Kasper, 2005). Pp. 9. Sin embargo, también es importante redescubrir el vínculo entre Eucaristía y acción pastoral de la Iglesia (Juan Pablo II, 2003). La acción pastoral de la Iglesia depende de una recta comprensión y práctica de la celebración eucarística.

Por eso, se reconoce con tremenda preocupación la falta de una participación activa y consciente, con compromiso en la Eucaristía dominical. Muchas veces, la participación se convierte en puro ritualismo vacío y sin compromiso con la vida de la gente; muy pocos participan con la conciencia clara de que en ella se ejerce *la obra de nuestra salvación* (SC, 1963) 2; sin mencionar a los jóvenes, para quienes la Eucaristía resulta extraña en su lenguaje y en sus signos. A esto se suma la falta de sacerdotes, lo cual hace que a unas comunidades falte la Eucaristía dominical; y muchas de las celebraciones se convierten en celebraciones de masa, donde es sumamente difícil que sea una reunión de hermanos, más que una masa de extraños. La Eucaristía es una fiesta donde tendrían que experimentar un encuentro personal con Cristo, que se hace presente como alimento espiritual.

Abunda todavía el sentido mercantilista con respecto al estipendio que se solicita por la celebración de la Eucaristía, especialmente la privada, donde se la instrumentaliza al servicio de ideas, intereses o temas de persona y de grupos. No cabe duda, que sobrada razón tiene el cardenal Kasper cuando dice: *“Resulta necesario volver a descubrir la misa y elucidar su sentido”* (Kasper, 2005) Pp. 17.

Es hermoso en la actualidad, el florecimiento de capillas para la adoración perpetua del Santísimo Cuerpo de Cristo presente realmente en la hostia consagrada; sin embargo, merece llamar la atención, de que estos espacios de devoción eucarística, por falta de atención pastoral, se convierten en espacios de relación intimista e individualista, subrayando el verticalismo de la relación con Jesús, y dejando de lado la relación con los hermanos, especialmente los que sufren, en quienes Cristo también está presente.

Ojalá estas líneas, sean una propuesta no solo como denuncia para revalorar la celebración de la Eucaristía, sino como anuncio gozoso de todo el bien que trae, a quien se acerca a su celebración con un corazón más dispuesto y una mente clara sobre la profundidad del misterio que en ella Dios permite tomar contacto.

4. Objetivos

1.1 Objetivo General

Profundizar a partir del texto bíblico y del Magisterio de la Iglesia sobre la Eucaristía como Memorial y comunión para una mejor comprensión del sacramento, una vivencia más profunda del Misterio Pascual de Cristo, y una pastoral más consecuente con la Eucaristía.

1.2 Objetivos específicos

- 1.2.1 Profundizar en la teología del Sacramento de la Eucaristía para comprender su significado como Memorial.
- 1.2.2 Evidenciar una justa comprensión bíblica y teológica del sacramento de la Eucaristía, para profundizar en el compromiso de comunión que Ella exige a quienes la celebran.
- 1.2.3 Proponer a la comunidad cristiana y a las distintas pastorales, una reflexión seria para fortalecer una pastoral que genere una vivencia más profunda y responsable del Sacramento de la Eucaristía.

5. Alcance de la Investigación

Al momento de imaginar un estudio sobre el Sacramento de la Eucaristía, las inquietudes e ilusiones personales sucumben, como si se tratará de remar en un inmenso mar, donde al final se podría acabar a la deriva.

Pero la inquietud perdura, porque forma parte de un hondo deseo de toda la vida. Se comprende perfectamente que el tema ha sido objeto de reflexión en el devenir histórico de la Iglesia. El Magisterio en general ha sentido siempre la necesidad de exhortar sobre este tema, lo ha considerado siempre como algo esencial para la vida de la Iglesia; y grandes teólogos han escrito tratados sobre ella. Esto refleja la importancia del tema, pero también exige el desafío de una síntesis en medio de un caudal enorme de información.

Interesa en la presente investigación, describir y analizar aquellos elementos bíblicos, que ayuden a una justa valoración de la Eucaristía como sacramento, en el cual Cristo realmente presente ofrece cotidianamente la salvación, desafía a la comunión y sugiere un modelo de acción pastoral nuevo. Se trata de tres aspectos esenciales de la Eucaristía, donde el interés primordial, consistirá no en repetir y estudiar dogmas, sino en descubrir pautas de acción que iluminen la acción pastoral de las comunidades.

6. Metodología

La investigación que se presenta es eminentemente descriptiva y de índole pastoral. Aborda en un primer capítulo el tema de la Eucaristía como sacramento de salvación, en el cual Cristo está realmente presente y actúa para la salvación del que cree; en este primer capítulo se estudian textos del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento, que permita comprender dicha realidad teológica.

En el capítulo segundo se aborda el tema de la Eucaristía como fuente de comunión. Se trata de estudiar aquellos textos que permitan tomar conciencia de que este aspecto es esencial al sacramento de la Eucaristía.

En el capítulo tercero, se presentan aquellos textos que aportan elementos fundamentales para comprender la Eucaristía como una fuente de espiritualidad que inspire, sostenga y acompañe un quehacer pastoral, centrado en Cristo y orientado a la comunión.

Al final, en un cuarto capítulo se presenta una breve conclusión, que trata en síntesis, mirar los resultados de la presente investigación, como luces que iluminan para una vivencia más profunda y consciente del misterio eucarístico, en el dinamismo pastoral de la Iglesia en el mundo de hoy.

CAPÍTULO I

EUCARISTÍA COMO MEMORIAL

Uno de los nombres de la Eucaristía es *Memorial*, y atendiendo al rico significado de este término en el Antiguo Testamento, es importante considerar qué significa que la Eucaristía es un *Memorial*.

En la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, se encuentra una multitud de imágenes y figuras que la teología sacramental asocia con el Misterio de la Eucaristía. En esta tesis, se profundiza en aquellas que se relacionan con la Eucaristía y que evidentemente subrayan el aspecto que interesa a la investigación: la “Eucaristía como Memorial de Salvación del Sacrificio de Cristo y de su presencia real.”

En la versión griega de los LXX, la palabra *anamnesis* o memoria aparece cinco veces, y es traducción, en todos los casos, del vocablo hebreo *zkr*. El recuerdo o la memoria, para los pueblos antiguos, es más que la mera rememoración mental o intencional de una realidad pasada.

Una cuestión interesante es que generalmente hay una vinculación entre la *anamnesis* y el *nombre* (= la persona o la realidad personal), con lo cual se indica cómo la memoria expresa el sentido de permanencia o el anhelo de supervivencia del hombre a pesar de la muerte. Por la mención o el recuerdo del nombre, la persona se mantiene viva: mientras uno es recordado no perece del todo. Pero sobre todo el hombre no perece en absoluto si es recordado por Dios (cf. 2 Sm 18,18; Is 56,5; Ecl 9,5). En la mentalidad de la Biblia, el recuerdo es en cierto modo un medio de inmortalidad (cf. Sal 112,5-6) y algo desastroso es ser olvidado (Dt 32,26; Jer 11,19) o borrado de la memoria, en especial de la memoria de Dios (Dt 29, 19-20; Sal 69,29).

En el Antiguo Testamento, el término *Memorial* va vinculado al nombre de Yahvé y coincide con el poder de su nombre (cf. Sal 135,13; Is 26,8; Ex 3,15; Sal 102,18). Por eso, para Israel está claro que no hay otro dios fuera de Yahvéh; Yahvéh, es el único de quien se debe hacer memoria, porque él no solo salvó a Israel de la esclavitud en Egipto, sino que lo está salvando siempre en la historia. (cf. Ex 23,13; Jos 23,7). Este sentido de actualización a partir de un evento pasado, es importante, y va siempre unido al nombre de Yahvé, por tanto, el recuerdo implica por lo general su actuación salvífica, expresada especialmente a través de la Alianza.

Es por eso, que para comprender de una mejor manera el significado de la Eucaristía como *Memorial*, es importante voltear la mirada hacia el Antiguo Testamento. La palabra en griego es *anamnesis* que aparece cinco veces en el Antiguo Testamento y la versión de la LXX la utiliza siempre, para traducir el término hebreo *zkr* (*zikaron*), cuya traducción tiene que ver fundamentalmente con el acto de hacer presente o *presencializar* un evento del pasado, especialmente la Alianza y la Salvación que viene de Dios para el pueblo de Israel en la realidad actual con sus mismos efectos y consecuencias.

No se trata de una pura rememoración (recuerdo de un hecho pasado), de un simple mirar al pasado, sino de un acontecimiento que afecta la vida de quien hace memoria de una manera efectiva. Tal como dice Legasse: *“Por eso no hay que poner en oposición el hecho de celebrar la Eucaristía en memoria de Jesús y la actitud del creyente, que por medio de la cena, desea vincularse con el acto redentor para su salvación y la de sus hermanos. Como conmemoración de este acto, la Eucaristía traduce algo muy distinto de un recuerdo de Jesús que alimentaría la piadosa melancolía de sus antiguos seguidores: afirma la realidad permanente de la redención, de una pascua ofrecida siempre a los que creen”* (Toulouse, La Eucarsitía en la Biblia, 1982) 33.

La palabra Memorial tiene pues un gran significado para comprender la Eucaristía, y su valor depende de que el recuerdo tiene una importancia capital para la vida. *“Es un algo que vincula a cada uno con sus raíces.”* (Toulouse, La Eucarsitía en la Biblia, 1982)9. En los textos bíblicos el *“acordarse”* tiene un profundo significado teológico relacionado con el tema de la salvación por parte de Dios para su pueblo: *“recordando su santa Alianza y el juramento que juró a nuestro padre Abraham y su descendencia para siempre”* (Lc 1,54-55); cf. También (Sal 63,79; 143,5; 78, 3-8). Se trata de una palabra llena de sentido, con respecto a la actualización salvífica de Dios.

Desde la perspectiva de lectura actual, el recuerdo refiere al contenido de un acontecimiento pasado. En la perspectiva Bíblica la *memoria*, no se verifica en ese orden. *“Esta memoria se aferra no tanto al acontecimiento, efímero, que ya no está, sino a su significado permanente.”* (Toulouse, La Eucarsitía en la Biblia, 1982) 10. Es como la experiencia de los desterrados en Babilonia, tienen miedo de perder el recuerdo, de olvidar Jerusalén; pero el verdadero objeto de su temor, no es el olvido puro de un simple lugar, por muy sagrado que éste sea; sino de las promesas vinculadas a este lugar. El recuerdo actualiza sobre todo el significado, más que el

hecho en sí mismo; por tanto, el recuerdo no es quedarse trabado en el pasado; lo encierra sí, lo contempla, pero conserva sobre todo el significado. La memoria va más allá de revivir los hechos trayéndolos a la memoria, se interesa por el significado del evento pasado sobre vida, poniendo de manifiesto su significado. Cf. (Toulouse, La Eucaristía en la Biblia, 1982) 10.

Concretamente, en el Nuevo Testamento, la palabra *anamnesis* sólo aparece 4 veces: una en la carta a los Hebreos 10,3 que es una referencia concreta al Antiguo Testamento y las otras tres aparecen relacionadas con la Eucaristía, y corresponde, al mandato de Jesús en la última cena: “*haced esto en memoria mía*” (Lc 22,19) y dos veces en San Pablo, según 1Cor 11,24.25. Aunque Marcos y Mateo mencionan el mismo relato, no incluyen estas palabras que hacen referencia alguna al mandato de la *anamnesis*.

Con esta observación, es posible interpretar el carácter de Memorial que la Eucaristía posee en la Tradición Cristiana. Así se recordó en el Congreso Eucarístico llevado a cabo en Lourdes en 1981: “... *los primeros cristianos de Jerusalén y de Antioquía celebraban en su liturgia la memoria de la cena. Es bastante positivo poder constatar que menos de diez años después de la muerte de Jesús estaba ya fijado el Memorial de la última cena en la forma que ha llegado hasta nosotros desde hace casi dos mil años*”. (Toulouse, La Eucaristía en la Biblia, 1993) 30.

Habiendo subrayado, que el hacer memoria corresponde a la actualización del significado, de los efectos y de los frutos en el ahora de un evento acaecido en el pasado; requiere ahora explicar, de ¿qué hace memoria la Eucaristía, como actualiza, y qué es lo que actualiza? Es lo que se intenta explicar a continuación.

1. Eucaristía Memorial de Salvación

Para comprender el tema que se desarrolla en este apartado, se considera esencial, atender a un término que es fundamental para la teología sacramental, pero en especial para la Eucaristía y es el paso del término *Misterio a Sacramento*.

El término griego *mysterion*, aparece con frecuencia en las cartas de San Pablo (28 veces) (Cf. (Finkenrath G., 1999) 95; el cual, al ser traducida la Biblia al Latín, encontró su equivalente, en el término latino *sacramentum*. Cf. (Arnau, 1994) 35.

Es de mucho interés, que en general el término *misterio* “*Es un misterio actual, no un hecho meramente pretérito... sino un dinamismo que implica al hombre hasta en lo más íntimo de su ser.*” (Finkenrath G., 1999) 96; y refiere siempre al misterio de la cruz de Cristo y del designio salvífico de Dios que se revela en ella. “*Este es el misterio de Dios por antonomasia.*” (Finkenrath G., 1999)96. Este es el significado esencial del término que Jerónimo tradujo al Latín con el término *sacramento*. Ahora bien, cuando se define el término *sacramento*, evoca la eficacia de la obra salvífica de Cristo en la vida de las personas; por tanto, el término *misterio* contiene desde el punto de vista teológico, una indicación contundente acerca de aquello que la causa y se refiere con toda claridad al sacrificio de Cristo. Cf. (Arnau, 1994) 36. Es decir, que si el término *misterio* apunta a la voluntad salvífica del Padre llevada a cabo en Jesucristo, el *sacramento* lo hace presente eficazmente en la historia de los seres humanos de todos los tiempos.

No se trata aquí de exponer la historia de los términos y de su relación. Pero es bueno recordar que con respecto al significado de *misterio* prevalece el sentido de lo que no se puede hablar, no porque no se quiera, sino porque se trata de algo que hace cerrar los labios, (callar) porque sobrepasa el entendimiento en sí mismo y subraya el aspecto de admiración y contemplación, delante de algo que pertenece a lo más íntimo de alguien, es este caso de Dios. Siempre estará conectado con algo que se revela y desde esta perspectiva, el *misterio* puede ser descrito como la intimidad de lo divino que se manifiesta al mundo, particularmente en el evento de la cruz Cf. Jn 3,14. Cf. (Arnau, 1994) 37 y 38.

Para hablar de la Eucaristía como Memorial de Salvación es pues necesario, entrar en sintonía con el significado del término *misterio* en la teología de San Pablo, quien a través de sus cartas, va dejando claro el significado del término *misterio*. Es de la teología paulina de donde procede

el principal aporte para la teología del término, así como su lugar en la teología sacramental y la teología cristiana en general. Cf. (Arnau, 1994) 39.

En las cartas de San Pablo, el término *misterio* refiere siempre al acontecimiento salvífico, no solo llevado a cabo por Cristo, sino Cristo mismo. Entonces no se refiere a algo que él realiza, sino a su persona total; de esa manera él es el contenido del misterio, es decir, en quien acontece la voluntad salvífica del Padre por medio del Espíritu Santo.

En la perspectiva teológica paulina, el *misterio* es único y Pablo lo propone como el proyecto salvífico que Dios tiene sobre la humanidad. El misterio, no es propiamente Dios en sí mismo, sino la decisión tomada por Dios para salvar de manera definitiva al ser humano y pertenece al ámbito exclusivo de la fe porque como dice el mismo Pablo: “*supera todo conocimiento*” (Cf. Ef 3,19). Pablo, por medio del *misterio*, se está refiriendo de manera inmediata a Cristo y a través suyo, a la Iglesia y al hombre.

El contenido de este misterio es el sacrificio de Cristo y no se refiere a la Eucaristía, sino al dato histórico, del Misterio Pascual de Cristo, expresión sublime de la voluntad salvífica del Padre; que pasa por el misterio de la persona de Cristo, su crucifixión, su resurrección, su presencia en la Iglesia y su predicación sobre el Reino. Realidades todas ellas, que se condensan en la acción sacramental, pero de manera absoluta en el sacramento de la Eucaristía, culmen de toda la actividad sacramental de la Iglesia Cf. (LG 11). El *misterio*, corresponde entonces a la decisión tomada por Dios para salvar de manera definitiva al hombre Cf. (Flp 1,9). Como dice Arnau: “*Pablo no piensa en una mera conjetura formulada de manera hipotética en el deseo divino como un simple posible, sino en un plan operativo determinado en concreto, que toma cuerpo y existencia histórica en la encarnación del Hijo, y que se prolonga en el tiempo a través del Cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia.*” (Arnau, 1994) 40.

El *misterio* pone de manifiesto la voluntad salvífica del Padre, expresada de manera transparente en el sacrificio de Cristo, como la acción por excelencia, que se hace presente hoy en toda celebración litúrgica, pero de manera especial en toda acción sacramental, donde se realiza y se hace presente hoy el mismo hecho salvífico obrado por Cristo en el pasado. Y por eso, con justa razón, la Eucaristía es Memorial de *nuestra* salvación.

La obra redentora obrada por Cristo durante su existencia histórica, se actualiza en las acciones sacramentales de la Iglesia. Y el Catecismo lo recuerda, afirmando el carácter de sacrificio que tiene siempre cualquier celebración eucarística; en la misa se aplican los méritos conseguidos por Cristo en el calvario, y con todo énfasis sostiene que cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, se realiza la obra de la redención. Cf. (CEC, 2000) 1367.

Pero no se trata de una duplicación del sacrificio de Cristo, lo que se repite y se actualiza no es la materialidad del evento, sino que en el altar se reproduce la voluntad salvífica de Dios expresada en el Sacrificio redentor de nuestro Señor Jesucristo. De ahí, que se actualiza la enseñanza del Concilio de Trento, en cuanto que ella es auténtico sacrificio y no una mera conmemoración del sacrificio. Cf. (Arnau, 1994) 206. Y parafraseando a Schillebeeckx, los sacramentos no establecen un lazo simplemente con el Cristo del pasado, sino con el Cristo actual, que está ahora vivo en el cielo. Es aquí donde se entiende la continuidad de la eficacia del sacrificio de Cristo. Cf. (SCHILLEBEECKX, 1965) 78. Cf. También SC 7.

Justo como escribe Juan Pablo II: *La Iglesia vive continuamente del sacrificio redentor, y accede a él no solamente a través de un recuerdo lleno de fe, sino también en un contacto actual, puesto que este sacrificio se hace presente, perpetuándose sacramentalmente en cada comunidad que lo ofrece por manos del ministro consagrado. De este modo, la Eucaristía aplica a los hombres de hoy la reconciliación obtenida por Cristo una vez por todas para la humanidad de todos los tiempos. En efecto, el sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio. Ya lo decía elocuentemente san Juan Crisóstomo: - Nosotros ofrecemos siempre el mismo Cordero, y no uno hoy y otro mañana, sino siempre el mismo. Por esta razón el sacrificio es siempre uno sólo [...]. También nosotros ofrecemos ahora aquella víctima, que se ofreció entonces y que jamás se consumirá -*. (Juan Pablo II, 2003) 12.

En resumen, se puede decir entonces, que es necesario volver la mirada al término *misterio*, pues a partir de este, se puede ver que el Misterio Eucarístico, es una síntesis de toda la historia de la salvación. Alude a la voluntad salvífica del Padre, llevada a cabo en el sacrificio de Cristo, pero que no se ha quedado solo en el pasado, sino que alcanza al presente y al futuro. Arnau recuerda en este sentido las palabras de Santo Tomás: *El sacramento es un signo que recuerda lo que ha pasado, la Pasión de Cristo, que demuestra lo que ocurre en el hombre, la gracia que recibe como don merecido por la Pasión de Cristo, y que prefigura la gloria futura que el*

hombre habrá de recibir de la gracia en un momento dado, sino que por la misma razón de su causalidad sacramental actualiza el pasado en el presente y proyecta el presente hacia el futuro escatológico. (Arnau, 1994) 206.

Así pues, para comprender la Eucaristía como Memorial de Salvación, no hay que perder de vista, que para explicar la conciencia de la Iglesia acerca de la presencia real del Misterio de Cristo que salva a la humanidad, en sus celebraciones litúrgicas y de manera especial en la Eucaristía, se lleva a cabo mediante la evocación del pasado a través del hacer memoria, del recuerdo, y a esto obedece que se pueda definir el sacramento como *Memorial* de Salvación.

En la última cena de Jesús, que la Iglesia considera como el evento fundacional de la Eucaristía, Jesús ha pronunciado al final de ésta: las palabras: *“hagan esto en memoria mía”* (Lc 22,19; 1 Cor. 11,24.25). Esta expresión ha sido ampliamente comentada, Joachin Jeremías en su libro *la última cena* por ejemplo; sin embargo sobre el significado, la idea que más se comparte, es que se refiere, a que Jesús desea, no que se repita el gesto realizado por él, sino que *“nos acordemos de él, con la plenitud de significado salvífico que quiso darle a la institución de la Eucaristía, que por eso mismo no es un acontecimiento aislado de la historia, sino que se hace continuamente presente con los eventos y exigencias de amor contenidos en él.”* (Cipriani, 2001) 583.

Es importante, como ya se ha mencionado antes, que el Memorial desde el punto de vista de la teología bíblica, no es una mera evocación del pasado, no es el resultado de una actividad intelectual, sino la reproducción de la fuerza y eficacia que aquel evento tuvo en el pasado. Es lo que dice Moisés a los Israelitas, cuando les manda recordar el evento de la Pascua (Cf. Ex 12, 14). La Pascua para los hebreos no se ha quedado en un recuerdo de un suceso del pasado, cual pieza de museo, sino sobre todo, su actualización en el momento en el cual se hace memoria. Como dice Cipriani: *“El pasado irrumpe en el presente, fermentándolo con su fuerza salvífica.”* (Cipriani, 2001) 283.

“Haced esto en memoria mía”, es la frase que coloca sobre la mesa el plantear y comprender la Eucaristía como un Memorial de Salvación. A partir de lo que se ha dicho, si bien es cierto, la Eucaristía se construye en el tema del *Memorial*, es esencial comprender que esto no significa otra cosa, que recordar, no la comida, sino el significado dado por Jesús a aquella comida, una prefiguración de su entrega que es lo que redime al mundo. Y es justamente esto, lo que

convierte la Eucaristía en un Memorial de salvación, pues actualiza aquél acontecimiento de ayer, permitiendo disfrutar en el momento presente, los efectos y beneficios que provocó en aquella ocasión.

El hacer memoria como mandato de Cristo, no se puede comprender sin hacer relación entre los términos *zakar* (hebreo) y *anamnesis* (griego); pues ambos vocablos solo se encuentran en contextos culturales y litúrgicos (Patsch, 2001) y esto es importante porque el significado de la frase, que solo se nos recuerda en Lucas 22,19; y en primera Corintios 24,25; (Cf. Heb 10,3), coincide con el uso del término en el Antiguo Testamento y se refiere a la Pascua (Ex 12,14; 13, 3.8). Entonces su significado más importante debe interpretarse como Memorial de Salvación; recordándolo no como una mera representación del pasado, sino como la actualización efectiva de lo que el *Memorial* evoca en el tiempo presente. Cf. (Patsch, 2001) 252.

La Eucaristía, se realiza en el ámbito del recuerdo, de la anamnesis. por cuanto será siempre un Memorial y su relación discutida, pero aceptada por muchos con la cena pascual, se infiere que sea sin lugar a dudas un *Memorial de salvación*. Esto vale para toda la acción sacramental, pues ella recuerda al Señor salvando por medio de su gracia efectiva en cada sacramento. Como explica Arnau: “*En toda celebración sacramental, como ha enseñado el Vaticano II, se recuerda al Señor que está presente. Y esto es así porque todo recuerdo litúrgico, toda anamnesis, representa y concreta la figura misteriosa y redentora de Jesucristo que por evocado está presente y, en consecuencia, con presencia operativa.*” (Arnau, 1994) 206.

La Eucaristía por ende, condensa en sí de manera sintética toda la historia de la salvación en los tres momentos del pasado, el presente y el futuro a partir de la Pasión del Señor como acontecimiento cumbre de la redención del hombre. “*Nadie como Santo Tomás ha plasmado con tanta lucidez esta realidad, al afirmar del sacramento que es un signo que recuerda lo que ha pasado, la Pasión de Cristo, que demuestra lo que ocurre en el hombre, la gracia que recibe como don merecido por la Pasión de Cristo, y que prefigura la gloria futura que el hombre habrá de recibir de la gracia en un momento dado, sino que por la misma razón de su causalidad sacramental actualiza el pasado en el presente y proyecta el presente hacia el futuro escatológico.*” (Arnau, 1994) 206.

El problema, es explicar ¿cómo es que la Eucaristía se convierte en Memorial de Salvación? En primer lugar se debe decir, que de manera natural, cualquier cosa que se haya hecho o dejado

de hacer, siempre tendrá repercusiones en el presente y en el futuro. El pasado vuelve al presente por la fuerza de la evocación, pero desde el punto de vista bíblico y la mentalidad semítica, el hacer memoria es un acto que acontece en la vida de la comunidad. No se trata de una comunidad que vive anquilosada en el pasado, sino de una comunidad que en el pasado encuentra la fuente de su presente, pero no solo de manera abstracta sino de manera real y contundente.

La Eucaristía como Memorial de Salvación, hace que el pasado se haga presente, y en el presente se hace actual y operativa, como lo fue en el momento original e histórico de su ejecución, la salvación del mundo tal como se recuerda al momento de la pasión, que se rememora en los viernes de cuaresma.

La Eucaristía evoca el Misterio Pascual, pero presencializa la salvación. No se trata por tanto, de identificar la presencia real del evento, con la presencia física. El pasado evocado en el presente no actualiza el evento en sí mismo, sino sus mismos efectos. Lo que se presencializa, o se actualiza en la Eucaristía, no es el evento histórico de la Pasión, Muerte y Resurrección; sino el acto salvífico de Cristo, por eso la Eucaristía es un Memorial de salvación. Actualiza, hace presente el acto salvífico de Nuestro Señor Jesucristo. En la Eucaristía está presente con toda su eficacia el acto salvífico del Padre, llevado a cabo por medio de Jesucristo, por la potencia del Espíritu Santo. Cf. (Arnau, 1994) 25.

Así pues, la Eucaristía funciona como Memorial, no en cuanto que actualiza la presencia física, sino la presencia real, es decir, una presencia que es capaz de ejercer su fuerza salvífica en el tiempo en el espacio actual. Y como dice Arnau: *“Tan sólo desde aquí se puede comprender que el Vaticano II enseñe que cuantas veces se celebra sobre el altar el sacrificio de la cruz, se realiza la obra de nuestra redención. (LG 3) (Arnau, 1994) 25.* Se trata de una presencia real del sacrificio redentor de Jesucristo. El ayer del evento salvífico ha quedado en el ayer, pero *“el efecto de lo obrado entonces es hoy presente, con presencia real, porque sobre el altar se renueva la virtualidad del hecho concreto.” (Arnau, 1994) (26).* La Eucaristía como memoria y presencia del Misterio de Cristo, a través del signo, hace presente de manera eficaz la Pascua redentora de Jesucristo.

Es lo que intenta dejar en claro el apóstol Pablo, cuando al utilizar la palabra *misterio*, no la refiere a la existencia de Dios, sino a la expresión de su voluntad salvífica. Por tanto, la

Eucaristía como Memorial de Salvación, es hacer presente eficazmente *el misterio que salva*. (Arnaud, 1994)198.

Pero ¿Cómo se puede entender que un hecho que pertenece al pasado histórico se haga presente de nuevo en una acción ritual que se realiza en otro tiempo de la historia? ¿Cómo se realiza esta presencia? ¿De qué clase de presencia se trata? En la Eucaristía celebramos la presencia real de Jesucristo Salvador, es esa presencia, la que convierte la Eucaristía, en un Memorial de salvación y no la evocación del calvario, la tumba y la resurrección. La presencia del Misterio se da en el sacramento y esta presencia es la causa de la salvación. Es decir, la presencia del misterio salvador, ocurre, no solo por el efecto que causa, sino porque está realmente presente y esto es lo que convierte a la Eucaristía en un Memorial de Salvación. (Arnaud, 1994) 20.

Hay entonces como recuerda Juan Crisóstomo, identidad no sólo de Cristo como única víctima en todas las misas, sino también la identidad de nuestra oblación con la oblación de Jesús en la cruz. La Eucaristía como Memorial, contiene lo que recuerda, la Salvación de Cristo. Pero no como una multiplicación del sacrificio de Cristo, sino como ofrenda de aquello que fue ofrecido, es decir, del mismo Cristo que se ofreció de una vez para siempre. Es el mismo Cristo, de la cruz el que se ofrece en la Eucaristía que se celebra todos los días, en todas las partes de la tierra. Es el mismo Cristo que está presente en la Eucaristía, el que hace que en ella, se revivan los efectos del evento de la cruz. No se trata de la misma presencia física, pero sí de su misma presencia real, que continua operando la voluntad salvífica del Padre, por medio del Espíritu Santo. La Eucaristía es Memorial, no porque reproduce un evento del pasado, sino los efectos de ese evento que duran para siempre, pues en Cristo se ha efectuado la salvación de una vez para siempre. (Cf. Heb 9,12). Las palabras de San Agustín, son verdaderamente iluminadoras: *“Reconoced en el pan al que estuvo pendiente en la cruz y en el cáliz lo que manó de su costado”*. (Gesteira, 1983) 322.

Al mismo tiempo que se ha insistido en explicar que la Eucaristía es Memorial de Salvación, quede claro, que no se puede perder de vista que dicho Memorial no se agota con la actualización de la presencia salvadora de Cristo, pues también implica, el sentido que para hacer memoria, la comunidad debe encarnar con signos comunitarios y concretos, el misterio que actualiza, mediante la comunión, la entrega y la cercanía con los pobres; pues la comunidad toma

conciencia de la actualización del misterio de Cristo, cuando asume el desafío de la entrega, de la donación y del servicio a los pobres. Como decía Juan Crisóstomo: “*Te acercas a dar gracias (euchariston) por lo que has recibido; por tanto, da tú también algo a cambio y no te alejes de tu prójimo. Pues Cristo dio a todos por igual, diciendo: tomad, comed. El dio a todos por igual su cuerpo, ¿y tú ni siquiera das por igual el pan ordinario?*” (Gesteira, 1983). 404. San Pablo se refiere a lo mismo cuando dice a los Corintios, que de nada sirve la comunión con Cristo, si no se traduce en comunión con el hermano (1 Cor 11,17-22).

En una palabra, Eucaristía como Memorial de Salvación, orienta a vivir la celebración, como una celebración que supera las facultades humanas intelectuales del recuerdo, colocándola, en una celebración que involucra la dimensión de la conciencia humana, donde por el don de la fe, es posible abrirse a la presencia y a la revelación del Misterio salvador de Nuestro Señor Jesucristo. Un misterio que supera la celebración del sacramento, pero donde su operatividad, se vuelve única e irremplazable.

2. Eucaristía como Memorial sacrificial

En la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia, encontramos una multitud de imágenes y figuras que la teología sacramental asocia con el misterio de la Eucaristía, como Memorial del sacrificio de Nuestro Jesucristo. Incluso se suele decir con tranquilidad: *el sacrificio de la misa o el sacrificio eucarístico*.

Esta idea tuvo un impacto grande en la teología protestante, presidida por Lutero, el cual cuestionaba, que si la Eucaristía era Memorial del sacrificio de Cristo, esto era una aberración, porque el sacrificio de Cristo es perfecto y se basta por sí mismo, para la redención de la humanidad. Lutero, ponía en evidencia, un peligro que no se debe perder de vista, pues a simple vista, la Eucaristía como Memorial sacrificial, pareciera, completar el sacrificio de Cristo, sabiendo que la carta a los Hebreos, deja en claro que el sacrificio de Cristo, es el sacrificio perfecto (Heb 6-9). Lutero reconoce que la Eucaristía es un Sacramento, y que Jesús está presente en los dones del pan y del vino, pero lo que no entra en la teología de Lutero, es aceptar que la Eucaristía sea un Memorial del sacrificio de Cristo.

La fe católica no lo entiende de esta manera; y es lo que ocupa el presente apartado, de modo que se puedan comprender las vías a través de las cuales, se pueda justificar una interpretación

que ayude a comprender el misterio de la Eucaristía, como Memorial sacrificial; es decir, Memorial del sacrificio de Cristo en la cruz.

Tal como apunta el Catecismo de la Iglesia Católica (CEC, 2000) 1113 “*Toda la vida litúrgica de la Iglesia gira en torno al Sacrificio Eucarístico y los sacramentos*”. (Cf. SC 6). Es importante, por tanto, caer en la cuenta de lo que significa e implica, hacer una presentación de la Eucaristía como Sacrificio.

Desde la propia experiencia se da testimonio que es muy complicado comprender a lo que se asiste desde la perspectiva del Sacrificio. ¿Acaso la Eucaristía repite el Sacrificio de la cruz? Y si no lo repite, ¿lo actualiza? y de ser así ¿Cuál sería la diferencia? ¿En qué sentido es Sacrificio? Y ¿Cuál es su finalidad? O desde la perspectiva de la salvación; ¿Cómo? ¿No basta el Sacrificio de Cristo en la cruz? O como desde la perspectiva de la Presencia; ¿Cómo está presente? ¿Y en qué sentido esa presencia es *realmente* real? Es decir, que la presencia de Cristo es real en la Eucaristía, se trata del mismo Cristo, que nació de la Virgen María y predicó el mensaje del Reino de Dios, pero se trata de una presencia que si bien es cierto, coincide con la presencia real e histórica, ya no se limita al dato histórico sino que la supera. La realidad de la presencia de Cristo en la Eucaristía, es real, pero se trata de una realidad que solo puede ser descifrada, comprendida y vivida desde la fe.

Es importante recordar siempre, que el vínculo radical entre liturgia y teología es un principio esencial de la teología sacramental, pues en ellos la Iglesia lleva a cabo la celebración y la proclamación del misterio, tal como lo ha enfatizado el Vaticano II, al señalar con insistencia que toda la actividad de la Iglesia y la fuente de la que dimana toda su energía es de la acción litúrgica. La razón de ser de la liturgia y en concreto de la Eucaristía como sacramento cumbre, es anunciar y celebrar el misterio salvífico de Cristo. Cf. SC 10. 6.

La teología católica, no duda en presentar la Eucaristía como Memorial del Sacrificio de Cristo en la cruz. Tal como lo afirma el Vaticano II: “*La obra de nuestra redención se efectúa cuantas veces se celebra en el altar el sacrificio de la cruz, por medio del cual «Cristo, que es nuestra Pascua, ha sido inmolido» (1 Co 5,7).*” (LG, 1964) 3. Y el Catecismo remarca en todo momento el carácter sacrificial de la Eucaristía, en sintonía con el Concilio de Trento y el Concilio Vaticano II, tal como se ha indicado en los párrafos anteriores. Cf. (CEC, 2000) 1356-1358.

Ya con anterioridad se ha descrito, que el término *misterio* alude a la voluntad salvífica del Padre, y que ésta se lleva a cabo en el Sacrificio de Cristo, que luego se actualiza en la liturgia y de manera especial en la liturgia sacramental, particularmente en la celebración de la Eucaristía el cual es uno solo con el sacrificio de Cristo.

Para considerar tal aspecto, se interpreta el texto de la última cena de Jesús con sus discípulos, el cual, se considera como el momento de la institución de la Eucaristía Cf. Mc 14,22-26; Mt 26,26-30; 1 Cor 11,23-26; Lc 22,14-20; y que puede ser interpretado, por una parte a luz de los sacrificios expiatorios, y a partir de los banquetes sacrificiales por otro.

Definitivamente, para hablar del carácter sacrificial de la Eucaristía, es necesario entonces, atender a las consideraciones bíblicas y teológicas que ofrezcan un marco que ayude a interpretar tal situación.

Desde el punto de vista del sacrificio expiatorio, la última cena de Jesús con sus discípulos a los ojos de la reflexión teológica, se le reconoce su carácter cultural o sacrificial Cf. (Gesteira, 1983) 270. Las fórmulas *sangre de la alianza* o *nueva alianza en mi sangre*, se consideran una terminología eminentemente sacrificial, y para eso son esenciales como referencia, dos realidades del Antiguo Testamento: La Alianza y la cena Pascual, realidades comprendidas desde siempre, como prefiguraciones de la Eucaristía, según la teología cristiana; realidades centradas en un evento sacrificial que sella la Elección (Alianza) “*Esta es la sangre de la Alianza que Yahvé ha hecho con ustedes, conforme a todos estos compromisos*” Ex 24,8; y se vuelve garantía de la voluntad salvífica por parte de Dios para su pueblo (La cena de Pascua), *y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros, y no habrá en vosotros plaga de mortandad cuando hiera la tierra de Egipto.*” Ex 12,13.

Es por tanto, altamente significativo que en la última cena de Jesús con sus discípulos, esta terminología reaparezca y abra el espacio para una interpretación sacrificial de la Eucaristía. Jesús retoma estas palabras al instituir la Eucaristía, indicando que con su sangre derramada inaugura una Nueva Alianza. Cf. (Mt 26, 28; 1 Cor 11, 25; Heb 9, 12-16.) Cristo se ofrece así mismo, sellando con su propia sangre una Nueva Alianza que alcanza a la humanidad entera.

Gesteira, ilumina la reflexión, en cuanto que al considerar el asunto, revisa algunos autores que explican el carácter sacrificial de la Eucaristía, y concluye que los elementos que permiten

pensar en el carácter sacrificial de la Eucaristía, son relevantes, pero que el auténtico sentido sacrificial de la Eucaristía, hay que buscarlo en la persona de Cristo, que se entrega, que se dona, y no simplemente en las periferias del lenguaje o del evento en sí mismo. La clave habría que buscarla en la mutua relación entre la cena y la muerte en cruz como voluntad suprema de Jesús. (Gesteira, 1983) 269.¹

Joachin Jeremías,² asocia el sentido sacrificial de la Eucaristía al mismo Jesús, es decir, Jesús mismo, interpreta su muerte como algo sacrificial y la Eucaristía es prefiguración de este misterio y se concentra pues a decir de Jeremías: “*la pascua constituye el contexto histórico-salvífico en que está enmarcada la cena*” (Jeremias J., 2003) 115. Es decir, que aún cuando no está claro si la última cena de Jesús sea una cena de Pascua, pues los sinópticos dicen que sí, (Cf. Mc 14, 12 y par); pero Juan señala que la cena fue el día anterior a la Pascua (Cf. Jn 18,28); una cosa queda suficientemente clara, el trasfondo que sirve de ambientación a la cena, es sin lugar a dudas, la fiesta de la Pascua, y de eso no hay dudas. Sin embargo, no se puede obviar también la intención de despedida y no sentirse solo frente lo que está por llegar. Por tanto, la cena de Pascua, apunta a clarificar el sentido espiritual de la última cena de Jesús con sus discípulos, pero sin dejar por un lado, la experiencia humana de despedida y de compartir con los más íntimos el momento seguramente angustiante de la pasión y la muerte (Cf. Lc 22,24).

El carácter sacrificial de la cena de la Eucaristía, la determina como un evento salvífico. En ella Jesús interpreta su muerte como una muerte sacrificial, comparándose con el Cordero de la cena Pascual Judía, cuya sangre salvó a Israel. “*En la cena, Jesús se consideró a sí mismo como cordero ofrecido en sacrificio, ya que carne y sangre designaban en el Antiguo Testamento las dos partes integrantes del animal sacrificado, separadas por la inmolación.*” (Gesteira, 1983) 270. Según Jeremías cuando Jesús habla de su *carne* que se entrega y de su *sangre* que se derrama, alude al sentido sacrificial de la Eucaristía, y con esto indica el carácter salvífico de esta. Cf. (Jeremias J., 2003) 314-324.

¹ Gesteira, presenta en su libro: La Eucaristía Misterio de Comunión, un amplia explicación que puede ser muy útil, para comprender, interpretar y explicar el sentido sacrificial de la última cena de Jesús. Todo el capítulo aparece dedicado a este tema, y considera los principales aportes de la exegesis y de la teología en el transcurso de la historia de la Iglesia.

² Merece la pena, tener en cuenta la obra de J. Jeremías, en su libro *la última Cena*. En este libro, él desarrolla un estudio sobre la última cena de Jesús, y por enfoque bíblico histórico, se convierte en una herramienta esencial para el estudio del tema que se presenta.

Jesús se presenta entonces como *víctima*, que da vida a un sacrificio expiatorio; es decir, que se entrega por el perdón de los pecados; su sangre derramada por muchos, remite a un sacrificio cuya única finalidad es la salvación, que luego se hará realidad en la muerte de Jesús, como culminación absoluta de la entrega del Hijo de Dios. A decir de Gesteira, la postura de Jeremías se resume en las siguientes palabras: “*Por tanto, Jesús, en la última cena, declara el significado de su muerte: es la muerte sustitutiva del Siervo del Señor, que expía los pecados de los (muchos), es decir, de todos los pueblos; una muerte que inaugura la irrupción de la redención final y pone en vigor la nueva alianza divina*”. (Gesteira, 1983) 270.

La Eucaristía en un contexto de Pascua es esencial para que sea interpretada como Memorial sacrificial. Además, es muy significativo que Jesús muera a la hora *nona* = 3 de la tarde; (Cf. Mc 15, 25.33.37), hora en la cual, eran sacrificados los corderos para el sacrificio de la expiación. Indudablemente para las primeras comunidades, Jesús es realmente “*el cordero de Dios*” (Jn 1,36), el cual se ofrece para la salvación de muchos.

Por otra parte, también se busca explicar el carácter de *Memorial sacrificial* de la Eucaristía, a la luz del tema del *banquete sacrificial*. Tenemos noticias de estos banquetes en el Antiguo Testamento y los encontramos como *Memorial* de los pactos, los cuales, se realizan a través de un banquete (Cf. Gen 26, 30; 31, 46.54; II Sam 3, 20). Y esto llama mucho la atención, pues en la última cena se encuentran presentes ambos elementos, el banquete y la sangre derramada, que son propios de un banquete sacrificial.

A la luz de los banquetes sacrificiales, la Eucaristía tomaría su sentido sacrificial y también explicaría la vinculación entre la comida y la muerte de Jesús. La Alianza se sella en dichos banquetes con el derramamiento de la sangre: “*ésta es la sangre de la alianza que hace Yahvé con vosotros.*” Cf. Ex 24,4-8 Tal como ocurre en el sacrificio de la antigua alianza, el cual se inaugura con el derramamiento de la sangre de las víctimas sobre el pueblo, al que sigue luego un banquete, Cf. (Ex 24,11). En este caso, la última cena no tendría un sentido sacrificial expiatorio, como el sacrificio de pascua, sino que sería un banquete sacrificial, que celebra la Nueva Alianza, lo cual no es ajeno a la interpretación de la última cena, pues Jesús mismo, habla de cuerpo que se entrega y sangre derramada para una nueva Alianza. cf. Mc 14, 24. A partir de esta tradición

hebrea, Jesús habría podido utilizar la categoría del banquete sacrificial judío para expresar el sentido sacrificial de la última cena, así como la vinculación entre esta y su muerte.

Es interesante, cómo a la luz de la simple relación de la Eucaristía, con estas realidades del Antiguo Testamento, permiten dar al sacramento de la Eucaristía un significado sacrificial, pero como se verá más adelante, la interpretación de la Eucaristía como sacrificio, no se agota en la idea teológica del sacrificio que expresa el Antiguo Testamento, ni se deduce por el solo hecho de compartir una terminología de carácter sacrificial, presentes en los sacrificios expiatorios y los banquetes sacrificiales.

Se acepta la sugerencia de Gesteira, cuando hace ver, que en los sacrificios expiatorios y los banquetes sacrificiales, *“la eficacia expiatoria recae sobre el pueblo de Israel con vistas a apartar de él la cólera de Dios, mientras que en el Nuevo Testamento la salvación se orienta no tanto hacia una comunidad preexistente cuanto a la instauración de una comunidad nueva, escatológica y universal que brota de la oblación y la entrega personal de Jesús; por lo que no cabe establecer una relación directa entre la concepción judía de la expiación y la interpretación soteriológica cristiana.”* (Gesteira, 1983) 272.

A partir de estas indicaciones, Gesteira, no niega el carácter sacrificial de la Eucaristía, sino que lo corrige, pues dejarlo como sacrificio expiatorio o como banquete sacrificial, no explica todo el misterio que el sacrificio eucarístico engloba, . (Gesteira, 1983) 270.

Por tanto, es necesario interpretar la última cena como sacrificio no simplemente desde las categorías culturales y sacrificiales del Antiguo Testamento, sino sobre todo teniendo siempre presente el sacrificio de Cristo, el cual adquiere toda su verdad e iluminación, no a la luz de términos que indican sacrificio, sino de categorías personales, como la donación voluntaria de la propia vida (Cf. 1 Cor 5,7).

El Antiguo Testamento es insuficiente para comprender el carácter sacrificial de la Eucaristía, pues, el Nuevo Testamento no solo lo complementa sino que también lo supera radicalmente. Jesús desborda, estos esquemas del Antiguo Testamento, situándose en una clave sacrificial nueva, iluminada definitivamente por la resurrección de Jesús.

En este sentido el sacrificio de Jesús, siguiendo a E. Lohse, según Gesteira, se debe entender a partir de categorías más personalistas, como donar la vida voluntariamente, pues esto es lo que

convierte a Jesús, en la fuente de un nuevo pacto (He 7,14), pues Cristo mismo es sacerdote, víctima y altar (Cf Heb 6-9)³. (Gesteira, 1983) 272

Esto significa que el sentido de la última cena sacrificio se debe entender, como algo radicalmente nuevo, desde de la libertad y de la voluntad salvífica del Padre que se encarna en la persona de Jesús, de manera contundente en el misterio de su pasión, muerte y resurrección. El carácter sacrificial de la Eucaristía, está fundamentalmente, en la entrega de sí mismo como servicio, más que como sacrificio cruento. Con esto no se niega el valor expiatorio del sacrificio de Cristo, pero se deja en evidencia, que supera los efectos de los sacrificios expiatorios y de los banquetes sacrificiales; tal como explica Gesteira: *“Es el sacrificio de Jesús como servicio a los hombres, a la vez que como culto y obediencia rendida al Padre, lo que se plasma en el banquete de la cena. Pues el sacrificio de Jesús radica en la donación total de su persona y no en la disociación o la desmembración cruenta de la carne y la sangre por una inmólación similar a la de las víctimas degolladas sobre el altar”*. (Gesteira, 1983) 274.

Incluso, cuando se atiende a las fórmulas eucarísticas, lo que se debe destacar, no es el sacrificio físico, el cuerpo que se entrega y la sangre que se derrama., sino la entrega fundamental de sí mismo; la inmólación física es una consecuencia que sigue a la fidelidad al plan salvífico de Dios, al amor entrañable por la humanidad, eso que la carta a los hebreos resume con la palabra *“entregarse”* Cf. (Heb 9,14-25).

El carácter sacrificial de la Eucaristía deviene, de UNO que se entrega para la salvación del mundo, y que para entrar en esa dinámica sacrificial eucarística, no queda otro camino, que la entrega al servicio de los demás. Entrega que puede ser dando la vida físicamente como Cristo (cruento), pero también sin derramar la sangre físicamente (incruento), asociándose al sacrificio de Cristo donando la propia vida al servicio de los demás. Esta es la idea esencial del Nuevo Testamento; el cual entiende la palabra *sacrificio*, ya no como un acto externo, sino como una experiencia espiritual, existencial y personal, en la que se resalta la entrega y la oblación de la vida y de la propia persona (cf. Rom 12,1; Flp 2,17; 4,18; 1 Pe 2,5; Heb 13,15-16: en relación con el sacrificio del cristiano; Ef 5,2: en relación a la entrega sacrificial de Cristo por amor a nosotros. Cf. (Gesteira, 1983) 275-276.

³ Conviene tener en cuenta toda la carta a los Hebreos, que coloca a Cristo en el grado de Sumo Sacerdote, pues ha celebrado el sacrificio perfecto.

A partir de todo lo dicho anteriormente, se está de acuerdo con el pensamiento de J. Betz comentado por Gesteira, acerca de que hay dos momentos con especial densidad sacrificial en la última cena de Jesús y no tienen que ver con la inmólación física en primer término: El primero fue la *berakah o bendición*, con lo cual Jesús se coloca en una situación de oblación que se acentúa en la última cena, con el anuncio de la muerte que se avecina, pero de la cual Jesús tiene control Cf.(Jn 10,18); y en segundo lugar, con la entrega de los dones del pan y del vino, Jesús declara su existencia sacrificial, que se dona perpetuamente y continua donándose en el sacrificio eucarístico. (Gesteira, 1983) 276. Se trata no de algo que ocurre en la última cena, sino antes, hoy y para siempre. No es algo que pasó, es algo atemporal.

El Catecismo de la Iglesia Católica, en los números 1366 – 1372 no duda en enseñar el carácter sacrificial de la Eucaristía, pero subraya que no se trata de un segundo sacrificio o un sacrificio extra al de Cristo, se trata de un único sacrificio (CEC, 2000) 1362: Así lo confirma: *“El sacrificio de Cristo y el sacrificio de la Eucaristía son, pues, un único sacrificio: “La víctima es una y la misma. El mismo el que se ofrece ahora por el ministerio de los sacerdotes, el que se ofreció a sí mismo en la cruz, y solo es diferente el modo de ofrecer” (Concilio de Trento: DS 1743). “Y puesto que en este divino sacrificio que se realiza en la misa, se contiene e inmola incruentamente el mismo Cristo que en el altar de la cruz “se ofreció a sí mismo una vez de modo cruento”; [...] este sacrificio [es] verdaderamente propiciatorio” (Ibíd). (CEC, 2000) 1367.*

Y subraya con transparencia, que *“La misa es, a la vez e inseparablemente, el Memorial sacrificial en que se perpetúa el sacrificio de la cruz, y el banquete sagrado de la comunión en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Pero la celebración del sacrificio eucarístico está totalmente orientada hacia la unión íntima de los fieles con Cristo por medio de la comunión. Comulgar es recibir a Cristo mismo que se ofrece por nosotros.” (CEC, 2000) 1382.*

Pero el Catecismo añade una situación de suma importancia, cuando dice que *“La Eucaristía es igualmente el sacrificio de la Iglesia.” (CEC, 2000) 1368;* con lo cual indica, que la Iglesia, como Cuerpo de Cristo, se asocia principalmente al sacrificio de Cristo con su propio sacrificio, es decir – con palabras de san Agustín - : *“la Iglesia no cesa de reproducirlo en el Sacramento del altar bien conocido de los fieles, donde se muestra que en lo que ella ofrece se ofrece a sí misma (San Agustín, De civitate Dei 10, 6). (CEC, 2000) 1372.*

La Eucaristía como *Memorial* evoca e invoca las promesas de salvación por medio de la vida y la muerte de Jesús. Pero no se trata de un Memorial que active la memoria de Dios, para que él se acuerde de la salvación; él no necesita de los dones de sus hijos, de la presentación de sus sacrificios o de su ofrenda ante sus ojos para acordarse de ellos y otorgarles su gracia.

La Eucaristía como Memorial sacrificial, se debe entender como una presentación ante los ojos de Dios de la vida sacrificial de Jesús, pero no como una presión ejercida sobre la divinidad para recabar u obtener de ella sus dones. De este modo, el Memorial es una forma de expresar el sacrificio del Cristo total, del único cuerpo constituido por Cristo como Cabeza y su Iglesia. Es a través de la celebración Memorial como el sacrificio de la comunidad se incorpora al de Cristo sirviéndole de sacramento o expresión visible. Por otra parte, la memoria o celebración Memorial es también la forma humana, consciente, por la que —en la fe, la esperanza y el amor— la Iglesia, como esposa y como cuerpo de Cristo, pone en sus manos su propia oblación, su vida diaconal, su sacrificio. Y es así, por la acción de Cristo como Sumo Sacerdote y por la acción Memorial de la Iglesia, como el sacrificio de la cabeza y el del cuerpo se funden en el sacrificio único del Cristo Resucitado que se realiza como el del Cristo total.

En resumen, la Eucaristía se puede nombrar perfectamente como *Memorial del sacrificio de Cristo*, pero dejando claro, que la Eucaristía no repite el sacrificio de Cristo, sino que lo actualiza en sus beneficios para la comunidad. Le Eucaristía no ofrece en cada misa algo suyo, sino al mismo Cristo, y por eso es Memorial del Sacrificio de Cristo, sin embargo la Iglesia para celebrar dignamente este misterio, se une al sacrificio de Cristo a través de su entrega, para la salvación del mundo; tal como lo recuerdan los apóstoles Pedro y Pablo: “*Al contrario, alégrense de ser partícipes de los sufrimientos de Cristo, para que también se alegren grandemente cuando la gloria de Cristo se revele.*” (1 Pe 4,13); y “*Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a los sufrimientos de Cristo en beneficio de su cuerpo, que es la Iglesia.*” (Col 1,24).

3. Memorial de la presencia de Cristo

La Eucaristía es sobre todas las cosas, *Memorial de la presencia viva y operante de Nuestro Señor Jesucristo*. Es este aspecto el que causa, sostiene y explica todos los otros significados del banquete eucarístico. Porque si bien es cierto, la presencia de Cristo supera la realidad sacramental, el modo como está presente en la Eucaristía es único.

El Catecismo de la Iglesia Católica en sus números 1373 a 1381 recuerda, *“que Cristo Jesús, que murió y resucitó está a la derecha de Dios e intercede por nosotros”* (CEC, 2000) 1373; y que está presente de múltiples maneras en su Iglesia (LG 48). En su Palabra, en la oración, en la comunidad, en los pobres (Mt 18,20; 25,31-46), y en los sacramentos de los que Él es autor, pero especialmente en el sacrificio de la Eucaristía, *“sobre todo, bajo las especies eucarísticas”*. (SC, 1963) 7.

Esta fe de la Iglesia, expresa de manera contundente que la Eucaristía como Memorial del sacrificio de Cristo, actualiza no solo los efectos de su obra salvadora, sino el misterio de su presencia. Presencia que debe entenderse como real, pero no en sentido físico, sino en sentido sacramental, es decir, bajo los signos del pan y del vino.

Esta presencia real del mismo Cristo, constituye la Eucaristía en el sacramento por excelencia, y la convierte en el fin al que tienden todos los demás sacramentos, porque como dice el catecismo: *“En el Santísimo Sacramento de la Eucaristía están “contenidos verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, Cristo entero” (Concilio de Trento: DS 1651). «Esta presencia se denomina “real”, no a título exclusivo, como si las otras presencias no fuesen “reales”, sino por excelencia, porque es substancial, y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente»* (CEC, 2000)1374.

No corresponde esta afirmación de la fe católica, a una intuición o inferencia *oficial*, sino al testimonio sustentado por los Padres de la Iglesia, que mediante la fe de la Iglesia en la eficacia de la palabra de Cristo y de la acción del Espíritu Santo, los dones ofrecidos en el Memorial eucarístico, se convierten en el cuerpo y la sangre real de Nuestro Señor Jesucristo. En este sentido, recuerda el Catecismo, la declaración de Juan Crisóstomo: *«No es el hombre quien hace que las cosas ofrecidas se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo, sino Cristo mismo que fue crucificado por nosotros. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia estas palabras, pero su eficacia y su gracia provienen de Dios. Esto es mi Cuerpo, dice. Esta palabra transforma las cosas ofrecidas (De proditiōne Iudae homilia 1, 6).*

Pero esta presencia sacramental de Cristo en la Eucaristía no se limita a la celebración del sacramento mismo, es decir, que no es una presencia que dura, lo que dura la misa, sino que subsiste mientras perduren las especies eucarísticas, y además, que dicha presencia está completa

y total en cada una de las especies y en cada una de sus partes (DS 1641), mediante el misterio que el Concilio de Trento llamó *transubstanciación*.

Este misterio que se realiza mediante la *transubstanciación* está todo entero y presente en cada una de las especies. Por tanto, mediante la celebración de la Eucaristía, Memorial de la presencia de Cristo, él no solo se hace presente, sino que se queda en medio de la comunidad sacramentalmente.

Por testimonios de los padres, sabemos que esta conciencia llevó a la comunidad primitiva a *reservar las especies consagradas, especialmente el pan* para poder asistir a los enfermos, que no podían acercarse a la celebración y esto dio lugar al culto de la Eucaristía, pero todo brota de la fe cierta, acerca de la presencia segura de Cristo en los dones ofrecidos en la Eucaristía. Pero la finalidad de la reserva no es la adoración; sino para la atención a quienes están impedidos de participar en la celebración misma.

De esta realidad depende el culto a la Eucaristía fuera de la misa, pues en ella Cristo sigue presente, en cuanto duren las especies del pan y del vino. Ciertamente es, que Cristo está presente siempre, pues basta que dos o tres se reúnan en su nombre (Mt 18,20), sin embargo, en este caso se habla de su presencia sacramental, la cual está en las especies de Pan y vino consagrados. Esta presencia sacramental de Cristo, que mueve a la adoración y devoción, lamentablemente de manera inconscientemente, hizo que se pasara de un sacramento para la comunión a un sacramento para la devoción. Especialmente se recuerda en la edad media, el florecimiento de las procesiones solemnísimas con el cuerpo de Cristo, y lo espectacular de los tabernáculos o sagrarios.

La atención se centra en la real presencia de Cristo en las especies consagradas y no en la comunión, cuando ambos aspectos no pueden existir independientemente, sino de manera complementaria. Más que comulgar, se busca adorar la Eucaristía, perdiendo así de vista la verdadera finalidad de la presencia de Cristo en ella; expresada en sus mismas palabras sobre el pan sobre y el vino durante la última cena: “*Tomad y comed*”; *Tomad y bebed*”. Cf. Mc 14,22-26; Mt 26,26-30; 1 Cor 11,23-26; Lc 22,14-20. La comunión es su primera y última finalidad, comunión que comienza con Cristo, pero que desencadena inevitablemente la comunión con los hermanos.

Esto ha dado lugar en la Iglesia a una fuerte devoción de adoración a la presencia sacramental de Cristo, pero que debe llevar a la comunión con Cristo, pues el deseo del Señor al quedarse en las especies del pan y del vino, lo ha hecho, no para que ser adorado, sino para ser alimento de la comunidad mientras peregrina a la casa del padre Dios. *“En efecto, en su presencia eucarística permanece misteriosamente en medio de nosotros como quien nos amó y se entregó por nosotros (Cf. Ga 2,20), y se queda bajo los signos que expresan y comunican este amor: “La presencia del verdadero Cuerpo de Cristo y de la verdadera Sangre de Cristo en este sacramento, “no se conoce por los sentidos, dice santo Tomás, sino sólo por la fe , la cual se apoya en la autoridad de Dios”. (CEC, 2000) (CEC, 2000) 1381.*

El texto de San Juan 6, interpretado siempre como un texto acerca de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, insiste en el *“comer y beber”* y no en la adoración. *“Yo soy el pan de la vida... Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo... En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. 56. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él.” (Jn 6,48-56).*

Tratar de explicar cómo ocurre la presencia de Cristo y qué clase de presencia, ha sido siempre un tema de debate teológico y se ha recurrido a toda una terminología difícil de entender, sin embargo lo más importante es recordar que dicha terminología intenta expresar un misterio de fe, que no se limita a las especies del pan y vino consagrados. Así lo recuerda el Vaticano II, cuando advierte del peligro al tratar de explicar la presencia de Cristo en la Eucaristía, de ir de un simbolismo vacío a un realismo craso. Es decir, aquellos que dicen que su presencia es simbólica y aquellos que defienden que en la Eucaristía está presente el mismo Jesús histórico (sí, es el mismo, pero no de la misma manera, ni limitada a la historia). La presencia de Cristo es una verdad de fe, y ocurre de una manera única en los dones que se ofrecen en la Eucaristía, pero al mismo tiempo los supera: *“Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro,... sea sobre todo bajo las especies eucarísticas... Está presente en su*

palabra,... Está presente, por último, (en la comunidad) pues, Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos (Mt., 18,20)." (SC, 1963) 7.

A la luz de los relatos de la última cena la teología ha interpretado siempre, que Jesús identificó el pan y el vino con su cuerpo y con su sangre. Y de ahí se desprende el término famoso de la transustanciación utilizado por el Concilio de Trento, para explicar la presencia de Jesús en los dones ofrecidos en la Eucaristía. Cf. (DS 1640-1651). Pero ojo, que desde las primeras comunidades cristianas se tienen testimonios de esa fe en la presencia de Cristo en las especies consagradas, o sea que no se trata de un invento del Concilio de Trento. Por el misterio de la transustanciación, "*Cristo mismo, vivo y glorioso, está presente de manera verdadera, real y substancial, con su Cuerpo, su Sangre, su alma y su divinidad*" y dicha presencia se mantiene mientras subsistan las especies eucarísticas. Cf. (CEC, 2000) 14006 – 1419.

La Eucaristía como Memorial de la presencia de Cristo, ayuda perfectamente para comprender, que el don de Dios por excelencia, es la persona de Jesús y en la Eucaristía esa presencia se actualiza de una manera única. En el "*pan y el vino consagrados*" está el Señor realmente presente; pero bajo los signos del pan y del vino, que han cambiado substancialmente, de ser pan a ser carne y de ser vino a ser sangre; por los accidentes, se mantienen los mismos: es decir, que el pan sigue siendo pan y el vino sigue siendo vino. La carne es carne bajo la forma de pan y el vino es sangre bajo la forma de vino. Por eso para Santo Tomás los milagros de cálices y hostias sangrantes, no son lo más importante para estar seguros de la presencia de Jesús en las ofrendas del pan y del vino, mediante el Memorial eucarístico. Es tan esencial la doctrina de Tomás de Aquino,⁴ que luego será la base de la enseñanza del Magisterio de la Iglesia sobre el tema, en particular la doctrina del Concilio de Trento (1545).

⁴ Para profundizar sobre el pensamiento de santo Tomás de Aquino, una síntesis sobre su pensamiento acerca de la Eucaristía se puede encontrar, en la Summa Theologiae: S.Th III, q.74,a.2; q.76,a 7.8; y es importante, porque en ella se basa el Magisterio de la Iglesia para fundamentar sus explicaciones sobre la presencia de Cristo en la Eucaristía. Con respecto a la teología de Lutero, merece la pena recordar, que la Eucaristía es uno de los sacramentos que él reconoce como instituidos por Cristo, y acepta la presencia de Cristo en el pan y el vino consagrados, pero únicamente mientras dura la celebración del sacramento, por tanto niega la "*reserva*" y la *adoración eucarística* le parece idolatría. Otros seguidores de Lutero terminarían negando la presencia de Jesús en la Eucaristía, puesto que después del sacrificio de Cristo en el Calvario, ya nada hace falta para la salvación. Esto los lleva a negar los sacramentos. Algunos grupos la conservan, pero como recuerdo de la cena que Jesús tuvo con sus discípulos.

El Concilio proclama solemnemente *la presencia real de Cristo en la Eucaristía después de la consagración del pan y el vino*, y declaró que no hay contradicción entre esta presencia y la de Cristo resucitado a la derecha del Padre y aclara que la *transubstanciación no es el dogma que se defiende, sino una explicación* aptísima del dogma que se defiende, que es el de la presencia real. Y se defiende la permanencia de Cristo en los dones después de la Eucaristía. (CEC, 2000) (1043-1045).

Esta postura de la Iglesia en el Concilio ciertamente favoreció una mejor comprensión de la Eucaristía como Memorial de la presencia de Jesús, sin embargo también trajo cierto reduccionismo de la presencia real de Cristo a los dones, lo cual, pastoralmente, provocó una fuerte piedad eucarística (muy efectiva) pero desenfocada; porque se justificaba a veces separado del conjunto de la Eucaristía (adoración, sin comunión) y esto se pudo ver con mucha fuerza en la actualidad, mucha devoción, poca comunión.

Sin embargo, a la luz del Concilio Vaticano II y del *Nuevo* Catecismo de la Iglesia Católica, se deja claro que la Eucaristía es un Memorial de la presencia de Jesucristo, porque en ella hay una presencia real, una presencia por excelencia de Nuestro Señor Jesucristo.

En definitiva, el aspecto del Memorial es esencial para explicar la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, pero como una cuestión que supera el aspecto físico, y subraya el tema del *encuentro*. Por tanto, la presencia que es real más allá de orientar una reflexión sobre el cómo de esa presencia explícita, la Eucaristía como lugar de encuentro interpersonal con Cristo y con su cuerpo, la Iglesia; es gracias a la comprensión de ella como Memorial, que se comprende como ámbito de encuentro con el Resucitado.

Al destacar el aspecto de *Memorial*, es importante porque enfatiza el aspecto de que el recuerdo actualiza la presencia de Cristo, pero no es una consecuencia del Recuerdo. Antes que hacer memoria, la presencia de Jesús está garantizada por su amor y por su pura iniciativa siempre primera (Cf. Mt 28,20). Como dice Gesteira: "*La presencia viva de Cristo resucitado es, pues, anterior a la conciencia y a la memoria de los discípulos y no es reducible a éstas.*" (Gesteira, 1983) 410.

Desde esta perspectiva, la presencia tanto de la persona de Jesús como de su sacrificio o de su entrega en la Eucaristía, no es algo que se circunscribe al sacramento de la Eucaristía. Es un

peligro, reducir la presencia de Cristo al acto cultural y la comunidad contribuye a este peligro cuando en la celebración del sacramento actúa solamente como un ente espectador. La presencia de Cristo en la Eucaristía, es la culminación de Cristo presente en medio de la comunidad por su soberana voluntad e iniciativa. Presencia que se realiza, afectando a la comunidad de un modo tan particular, que en cierto modo exige el hacer memoria, por su plenitud y transparencia. En este sentido, la Eucaristía se convierte en el mejor canal para disfrutar de su presencia.

La memoria en la celebración eucarística, hace pues posible una presencia más allá de lo físico, de lo tangible; de lo real al modo de la lógica humana, o al modo de la lógica científica. Se trata como explica Gesteira, lo cual es realmente interesante, que: *“A través de la memoria — y la celebración Memorial— se ahonda y se incrementa para nosotros (no en sí misma, pues la presencia de Cristo en sí ya no está sujeta a los avatares de la contingencia histórica) la presencia del Señor, haciéndose más íntima y más viva. De este modo, la presencia del Señor adquiere un carácter verdaderamente personal: él se hace presente a cada uno de una forma nueva y singular, mostrándose y revelándose también a cada creyente a medida de su recuerdo y de la respuesta de su fe.* (Gesteira, 1983) 411.

Pero es necesario tener en cuenta, que dicha experiencia de la presencia de Jesús por medio del Memorial, se completa progresivamente, en cuanto que adquiere su plenitud, porque a partir del encuentro con Cristo, se desprende el encuentro con uno mismo y con los demás. Es decir, que dicha presencia alcanza su punto culminante cuando de la comunión con Cristo, se asume el desafío de la comunión con los hermanos. Ya san Agustín y San Juan Crisóstomo, habían insistido en que está bien honrar a Cristo, pero esto se complementa honrando la presencia de Cristo entre los pobres. La Eucaristía como Memorial de la presencia de Cristo, se verifica, en cuanto que el encuentro con Cristo, se realiza en el encuentro con la comunidad.

Es esencial por eso no perder de vista, que la Eucaristía no hace presente la vida y la actuación de un personaje histórico del pasado, sino la presencialización del *Viviente*, que sigue siendo él mismo, pero más allá de una pura reproducción de eventos pasados. No es pues, una posibilidad de reencuentro con un cuerpo ausente, sino con una y radical novedad de la presencia de Nuestro Señor Jesucristo.

Por tanto, como se ha insinuado abundantemente, el Memorial de la presencia de Cristo implica una radical dimensión eclesial. Es la memoria de la comunidad, el marco en el cual, la

presencia del Señor acontece y determina que la presencia eucarística, implica otra presencia más amplia del Señor en nosotros y en el mundo (a la vez que depende de estas) y por ello la memoria nos habla de una presencia dinámica, en continuo progreso y ascenso y no meramente estática. (Gesteira, 1983) 413. Por tanto, la cuando se habla de la Eucaristía como Memorial de la presencia personal de Jesucristo, no es la del mero *cuerpo y sangre*, sino la presencia de su personalidad y de su espíritu. Interesante la explicación de Gesteira: *A nivel humano el hombre se hace presente a los demás hombres no en el chispazo instantáneo del encuentro ocasional, sino desde un encuentro enmarcado en una serie de encuentros sucesivos. Sólo cuando la imagen viva y actuante de los otros se va imprimiendo, lenta, progresivamente, en nuestra propia existencia, es cuando se crean lazos de auténtica comunión. El amor o la amistad verdaderos brotan sin cesar de las recónditas fuentes del recuerdo y tienen su sustento en la mayor o menor densidad de esos recuerdos. «Un ser querido nos es tal en la medida en que lo captamos en toda su duración» y no en un mero instante efímero...*” (Gesteira, 1983) 413.

Es importante notar, cómo en la Eucaristía memoria y presencia van de la mano. La presencia es en realidad presencia Memorial y la memoria, memoria presencial, porque lo son, no sólo de un personaje histórico que vivió en el pasado, sino de esa persona que vive como resucitada y que se presencializa a través de su cuerpo eclesial. La Iglesia no solo guarda memoria, sino que debe ser memoria de Cristo. Como dice Gesteira: *“La conmemoración, pues, no acaece únicamente en la pura intimidad personal, en la fe subjetiva, sino además en gestos externos, en un signo Memorial comunitario o eclesial, en una oblación exterior que conmemora a la vez que presencializa el sacrificio y la oblación personal de Jesús: ... Aunque la iniciativa de esa presencialización pertenezca siempre al Señor resucitado y no a su Iglesia, como hemos dicho; es él el que la asume como instrumento y sacramento suyo y no viceversa.* (Gesteira, 1983) 414-415.

CAPÍTULO II

EUCARISTÍA SACRAMENTO DE COMUNIÓN

1. Del Memorial al compromiso

En el capítulo anterior se ha visto cómo la Eucaristía es Memorial del Sacrificio de Cristo, de Salvación y de su presencia. Se ha insistido en la necesidad de comprender, que a partir de ser un *Memorial*, y como se ha explicado, incluye sobre todas las cosas su sentido de actualización. Por tanto la Iglesia, (*la comunidad*), cuerpo de Cristo, hace *memoria* y cuando se dona como Cristo, cuando actúa como instrumento de salvación y cuando es presencia de Cristo para el mundo. Es a la luz de esta realidad, que emerge con fuerza la necesidad, de pasar del *Memorial al compromiso*. Que sin lugar a dudas, como se explica a continuación, se realiza de manera concreta, en el tema de la Comunión. De hecho, uno de los nombres con los cuales es conocida, es *sacramento de la comunión*. Ahora bien, ¿De dónde viene todo este significado? Y ¿La justificación para esta interpretación? Es lo que desarrolla a continuación.

2. A luz de las sagradas Escrituras

Desde el punto de vista bíblico, el Memorial de la Eucaristía apunta siempre hacia la comunión, a tal punto, que lo que el Memorial actualiza, se concretiza en la comunidad, cuerpo místico de Cristo (Cf. 1 Cor 12, 12-26). De todas las imágenes a las que se ha aludido en el capítulo anterior, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento, dejan claro, que en todas ellas, brilla ese aspecto radical de la *comunión*, con Cristo y con la comunidad.

Antigua y Nueva Alianza son inseparables y no hay duda de la referencia que la Eucaristía contiene con respecto a este gran tema teológico, para la fe de Israel y para la fe cristiana. De hecho, es a la luz del Antiguo Testamento que el Nuevo comprende la vida, la muerte y la glorificación de Jesús como Memorial de la Nueva Alianza Cf. (PCB, 2002) 10.

Tanto la Alianza como la cena de Pascua del Antiguo Testamento, que la teología cristiana ve como prefiguraciones de la Eucaristía, son eventos, celebrados como Memoriales y se subraya su aspecto de *pacto*, es decir, de comunión íntima entre Dios y su pueblo.

En el acontecimiento de la Alianza se establece una relación de comunión basada en un pacto sellado con sangre *“Esta es la sangre de la Alianza que Yahvé ha hecho con ustedes, conforme a todos estos compromisos”* (Ex 24, 8). Se trata de un acontecimiento que genera comunión, que crea vínculos y que desafía a la entrega mutua y total. Cuando Jesús utiliza estas palabras en la última cena, *sangre derramada y nueva Alianza*, es imposible no asociarlo el evento de la Alianza narrado en el Éxodo. Obviamente que el tema del pacto y de la comunión, por la sangre derramada de Cristo tiene dimensiones universales y escatológicas. Universales porque abarca a todo hombre y toda mujer, y escatológica, porque dicha comunión solo alcanza su plenitud al final de los tiempos, cuando todos sean uno como el Padre y Jesús son UNO. (Cf. Jn 17,21-23).

En el marco de la Alianza, la Eucaristía no puede sino ser comprendida como una experiencia de Comunión. Ninguna alianza tiene razón de ser, si no es para fundar, consolidar y proteger la comunión. León-Dufour ilumina este aspecto cuando dice: *“La alianza, antes de referirse a las relaciones de los hombres con Dios, pertenece a la experiencia social de los hombres. Estos se ligan entre sí con pactos y contratos...(Gen 14, 13; 21, 22ss; 26, 28; 31, 43ss; 1 Re 5, 26; 15, 19; Am 1, 9; 1 Sam 23, 18; Ml 2, 14)”*. Cf. (Leon-Dufour, 1965) 54; Y aclara, que la Eucaristía, uno de los aspectos que actualiza siempre, es que en la cruz, Cristo ha hecho una nueva Alianza. Cf. (Leon-Dufour, 1965) 60. Por tanto, a la luz del tema de la Alianza, se define la espiritualidad eucarística como una espiritualidad de Comunión: *“Así se realiza la nueva alianza anunciada por Jeremías (Heb 8,8-12; Jer 31,31-34); una alianza «mejor», dada la calidad eminente de su mediador (Heb 8,6; 12,24); una alianza sellada en la sangre como la primera (Heb 9,20; Éx 24,8), no ya en sangre de animales, sino en la de Cristo mismo, derramada por nuestra redención.”* (Leon-Dufour, 1965) 60.

El hecho que la Eucaristía haga referencia al tema de la Alianza, que es nueva y que es sellada con la sangre derramada de Jesucristo, da todo el derecho, para hacer una presentación del sacramento de la Eucaristía, como el sacramento de la comunión. Esta Alianza, cuyo contenido esencial es el amor de Dios, adquiere su plenitud sin igual en el Nuevo Testamento con la persona de Cristo, que se convierte en el nuevo y definitivo contenido de la Nueva Alianza, porque él es la máxima expresión del amor de Dios por la humanidad entera: *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.”* (Jn 3,16).

Este vínculo, entre la Antigua y Nueva Alianza se realizan de manera perfecta en la Eucaristía, y por eso la Eucaristía es fuente de comunión y de unidad, pero Pablo aclara que solo Cristo lleva a cabo la unidad de los creyentes. Cf. (Fitzmyer, 2004). De esa cuenta, el capítulo 11 de 1 Corintios, donde Pablo describe el relato de la Eucaristía, es un capítulo dedicado a la unión y comunión en la comunidad, cuyo punto de encuentro es Cristo.

Así también lo interpreta el Concilio Vaticano II cuando afirma: *“Dios, en su infinito amor, se ha manifestado siempre de muchas maneras a los hombres, haciendo con ellos alianzas; y al final se manifestó por medio de su Hijo, el cual, en íntima comunión con Él llevó a cabo la obra de Salvación a través de su muerte y resurrección, sellando la Nueva y definitiva alianza en favor de los hombres. Quiso permanecer en íntima comunión con ellos en el Santísimo Sacramento del Altar. Verdadero Pan del cielo, Pan de Vida Eterna. (DV 2).*

Jesús, derramando su sangre, no solo ha renovado la Alianza de la Antigua alianza, sino que la hace nueva y perfecta, a través de ella, Él hace Alianza con todos los que abren su corazón a Él participando del Santísimo Sacramento del altar y de la comunidad cristiana; saliendo todos con las armas de la fe y del amor a hacer presente la fuerza transformadora del Evangelio para que todos lleguen al conocimiento de la verdad y se salven, ese fue el deseo de Cristo para todos los hijos de Dios redimidos con su sangre. En la Eucaristía, la Iglesia se constituye como el pueblo de la Nueva Alianza. En la comunión con Cristo y con los hermanos, este pueblo se manifiesta como el pueblo de la Nueva Alianza. (Fitzmyer, 2004) 1218.

La Eucaristía es la gran concretización de la Nueva Alianza, pero no como discurso sino como actividad real y concreta que se verifica en el mundo por medio de la comunidad. En la Eucaristía se encuentra el desafío, pero también el camino y el soporte para la comunión eclesial. La Eucaristía expresa, en su sentido más profundo, el sacrificio de Cristo por excelencia, la entrega de su cuerpo y de su sangre, que nos sitúan en comunión con Cristo y con los hermanos; tal como lo dice Pablo a los Corintios: *“Pues, siendo uno solo el pan, un solo cuerpo somos todos nosotros, porque todos participamos en ese único pan que es el Cuerpo de Cristo”.* (1 Cor 10,17). La Comunidad cristiana será el pueblo de la Nueva Alianza, cuando afronte de verdad y realmente el tema de la comunión como un aspecto esencial de su misión en el mundo. En una

palabra: en la Eucaristía están presentes y actuales todas las dimensiones de la alianza, elección, amor, comunión.

Siguiendo este camino, la Alianza, solo puede ser explicada y vivida como una relación de amor incondicional, basado en la confianza absoluta en Dios, creador y garante de esta. La Eucaristía como sacramento de Comunión encuentra en el sacrificio de Cristo su causa, pero también su garantía. Una comunión que arranca con Cristo pero que se extiende a todo su cuerpo místico que es la Iglesia. Es tan esencial este aspecto, porque la alianza se logra o se malogra, no solo con una buena o mala relación con Dios, sino con una buena o mala relación con los demás: *“Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios a quien no ha visto.”* Cf 1 Jn 4,20.

En el Sinaí (Cf. Ex 19,4-8) la Alianza alcanza su sentido máximo de comunión, pues al establecimiento de la Alianza le acompaña el don de la Ley, como herramienta segura que custodia la justa comunión tanto con Dios como con los demás. La Eucaristía es señal del amor de Cristo que se entrega por su pueblo, fundando así una Nueva Alianza, la cual es acompañada, ya no por un decálogo, sino por un solo mandamiento: el amor a Dios y el amor al prójimo como a uno mismo (Cf. Jn 13,34; 15, 9-15). Dios, el creador de comunión por excelencia, en la persona de Cristo expresa el modelo y la medida de esa comunión entre las personas, cuando después de la cena, se ató una toalla a la cintura y lavó los pies de sus discípulos (Cf. Jn 13,12-16).

Y por si fuera poco, también hay ocasiones en las cuales la Alianza se realiza con un banquete. (Cf. Gen 26, 30; 31, 46.54; II Sam 3, 20). En la Eucaristía ambos elementos están presentes, con lo cual, se puede ver que la Eucaristía es Sacramento de Comunión por excelencia. Una comunión fundada en el amor libre de Dios, que se convierte en modelo de la comunión entre los hombres, como una experiencia solamente posible a partir del amor. Pero no solo el tema de la Alianza presente en la Eucaristía con tanta transparencia nos urge a comprenderlo y vivirlo como un desafío de comunión. Otro ingrediente esencial, es que la cena de Jesús es también una cena de Pascua. Y en este sentido, y para el interés que se pretende en esta tesis, es sumamente interesante, el aspecto de que el *banquete*, es siempre una reunión de familia, con vistas a celebrar y consolidar los vínculos familiares. Es un evento orientado a expresar una

experiencia compartida y, esa experiencia en cualquier modo, da vínculo a la comunidad que lo celebra.

Esta fiesta está centrada en una comida que incluye el sacrificio de un cordero, que es ofrecido como sacrificio a Dios para atraer las bendiciones divinas sobre el rebaño, pero también sobre los pastores. Después de la liberación de Egipto, tal como lo explica Ex 12; el cordero ya no es solo comida o banquete que reúne a la familia, sino también sacrificio de redención, de salvación. Esto ilumina sobremanera el sacramento de la Eucaristía, como el que conmemora la nueva y eterna Pascua, pues en ella los cristianos experimentan a Cristo como alimento para todos, pero también como sacrificio redentor por la salvación por todos. Pues, Jesús es el Hijo primogénito del Padre; es el Cordero pascual inmolado, que con su sangre nos ha comprado para Dios. (Cf. Jn 1,29).

La Eucaristía como celebración Pascual, actualiza el sentimiento puro de la liberación, que como ya se dijo antes, se convierte en Memorial de salvación. A la luz de la cena pascual judía, la Eucaristía, cena pascual de Cristo, alimenta y sostiene al nuevo pueblo de Israel, que ha sido redimido por Cristo, que peregrina en este mundo hacia la verdadera y definitiva tierra prometida.

El simbolismo de la Pascua, en cuanto se refiere al tema de la comunión, contiene una gran riqueza, que rodea el tema eucarístico, pues esta queda instituida por Cristo justo en una cena de Pascua: *"Hagan esto en memoria mía"* Lc 22,14-20; 1 Cor 11,25. Cena de Pascua, que abre el camino hacia una experiencia de libertad, como pueblo y como comunidad.

La comunidad Cristiana se une al misterio Redentor de Cristo, a través de la participación de los sacramentos; principalmente a través del banquete Eucarístico centro de la actividad litúrgica, que nos identifica como pueblo santo, característica indispensable para honrar la más alta comunión, a la cual Dios nos ha convidado de manera esencial: Ser santos como Él mismo es santo. Entonces, a través de la participación en el banquete Eucarístico alcanzamos la más íntima comunión con Cristo y con los hermanos, pero también el gran desafío de la donación total, causa de la verdadera y permanente comunión.

Esta relación, con el banquete pascual del Antiguo Testamento, da a la Eucaristía un significado tan importante para comprender el tema de la comunión. Pues el banquete, es

banquete de todos, celebra y actualiza la liberación para todos. Pero este banquete pascual es, al mismo tiempo, algo nuevo y se centra la atención para indicar que el alimento de esta última cena, está todo contenido en Cristo: como cordero, como pan y como vino, cuyos efectos van más allá de una liberación de cualquier opresión, sino liberación del pecado y de la muerte.

Todas las valoraciones teológicas del banquete pascual del Antiguo Testamento se materializan en la Eucaristía, como Sacramento de Comunión. Una comunión que comienza con Cristo, pero que se expresa en la comunión con los hermanos. La realidad del banquete como ya hemos dicho, es celebrar la comunión de un pueblo que ha experimentado a Dios como su gran libertador, un acto de libertad que los vuelve familia, pueblo, comunidad. Ese es el fruto de la liberación: crear y expresar comunión. El banquete del Señor es una expresión de entrega, intimidad y comunión, tanto de parte de Jesús como de los que participan de tan gran acción de amor. Es lo que San Pablo explica a la comunidad de Corinto, la Eucaristía no puede quedarse en el acto mismo de comer, sino que ese acto compromete a un mayor grado de comunión. Entonces dice San Pablo, si falta la comunión entre los hermanos, la Eucaristía se vuelve un puro acto de comer y eso ya no es la cena del Señor. Sólo la comunión da a la Eucaristía toda su fuerza y significado, la convierte en espacio privilegiado para reconocer al Señor y reconocer al hermano. Ocurre con los discípulos de Emaús (Cf. Lc 24) y la comida a la orilla del lago en el evangelio de San Juan (Cf. Jn 21).

Toda esta riqueza de la Eucaristía, como concretización del banquete pascual del Antiguo Testamento, se puede ver en Hch 2,42.46. Donde la Fracción del Pan, está al centro de la vida de la comunidad. A continuación se presenta un breve análisis y reflexión de algunos elementos que ayudan a captar la Eucaristía como centro de encuentro y de comunión eclesial. Prácticamente es afirmar que la comunión con Cristo es la causa de la comunión de la Iglesia, pues “*se mantenían constantes en la comunión, en la fracción del pan*” (Hch 2,42); “*y con un mismo espíritu partían el pan*” (Hch 2,46). El banquete Pascual de la Eucaristía aparece ahora al centro del nuevo pueblo de Dios, como lugar de encuentro con Cristo y de comunión.

La comunión es una obra espiritual, que tiene como centro, la celebración del banquete pascual. La Iglesia es obra de Dios y consecuencia del ministerio de Jesús. Después de Pentecostés, el verdadero pueblo de Dios está allí donde están los apóstoles y todos los que se

han unido a ellos, que, desde ahora, dejan de ser un grupo sin rostro e identidad y pasan a ser la Iglesia, es decir, el Nuevo Pueblo de Dios. Cf. (Aguirre, 1994) 213-215. Prácticamente la Eucaristía hace la comunidad, a tal punto, que la cuestión esencial para comprender la Eucaristía es el reunirse de los hermanos.

La primera comunidad cristiana de Jerusalén fue la principal testigo de la Pascua de Jesús y a los ojos de la comunidad, la fracción del pan actualiza la Pascua de Jesús. Es este estar como comunidad en torno a la mesa donde Cristo se dona, que la comunidad aprende y hace el compromiso de su propia entrega para dar testimonio de Jesús. La comunión fraterna es el signo más elocuente de los efectos de la Eucaristía en la vida del cristiano, a tal punto, de poseerlo todo en común: *“Vendían sus propiedades y sus bienes y dividían el precio entre ellos, según las necesidades de cada uno”* Hch 2,42; 4, Esta comunión fraterna se vuelve objeto de admiración, o mejor dicho, testimonio precioso de una Comunidad Eucarística animada por el Espíritu Santo. *Asiduamente se reunían en el templo, y en las casas partían el pan y comían juntos, con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y toda la gente los estimaba”*. Hch 2,46.

Para completar el cuadro, acerca del significado concreto de la Eucaristía en la vida de la comunidad, es necesario recurrir a la experiencia de San Pablo en la comunidad de Corinto. Y de nuevo se subraya la orientación comunitaria del banquete eucarístico. En el texto de 1 Cor 11, San Pablo, atestigua que la falta de comunión real, atenta contra el significado de la Eucaristía, prácticamente la anula, porque la fracción del pan, sin comunión, dice el apóstol, ya no es de ningún modo, la cena del Señor. La asamblea cristiana no solo se nutre del Señor, sino también del compartir fraterno. La Eucaristía es la comunión con el cuerpo y la sangre de Cristo; pero también en ella, se refuerzan los lazos de caridad que unen a la comunidad, a tal punto, que gracias a la Eucaristía la comunidad se convierte en el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Se hace presencia actual de Cristo. Prácticamente la Eucaristía es auténtico Memorial de la presencia de Jesús, justo en el tema de la comunión *“donde dos o tres se reúnen en mi nombre, ahí estoy en medio de ellos”* (Mt 18,20).

Pablo vuelve a defender esos dos aspectos: cada uno come su propia comida y evita la compañía de algunas personas. Se juntaban con los de su mismo medio social ocupando los mejores lugares, los ricos haciendo a un lado a los pobres. Otros se embriagaban sin poder

entonces participar del Cuerpo y la Sangre de Cristo. No distinguían entre el pan del cuerpo y la Eucaristía por lo tanto no le daba el respeto debido al Señor. Tampoco se reconoce el cuerpo de Cristo en cada uno. pues al actuar de manera egoísta, no les importa la vida y necesidades de los demás (Cf. 1 Cor 11, 17-34).

La Eucaristía es el centro de la vida de la Iglesia, que es ante todo comunión. La Iglesia no es solo un instrumento de evangelización, sino que es sobre todo y ante todo, el lugar donde podemos experimentar nuestra unión con Cristo y con los hermanos. El mandamiento de Jesús de repetir sus gestos y palabras “*hasta que venga*” (1 Co 11,26), exige, no solamente acordarse de Jesús y de lo que hizo, requiere la celebración litúrgica por los Apóstoles y sus sucesores del Memorial de Cristo, de su vida, de su muerte, de su resurrección y de su intercesión junto al Padre. Por eso, por la gran riqueza que contiene el Sacramento de la Eucaristía, se le ha dado distintos nombres según lo refiere el Catecismo de la Iglesia Católica.⁵

No se puede dejar de ver la resonancia del *maná* en el Nuevo Testamento, y es necesario recordar, cómo este también orienta la comprensión teológica de la Eucaristía, como sacramento de comunión. En el contexto experiencial del pueblo de Israel en el desierto, el maná adquiere un abanico de significados que expresan la gran riqueza de la Eucaristía, en cuanto al compromiso de la comunión.

En el Nuevo Testamento, son varios los textos interpretados como eucarísticos, que aluden al maná del desierto como pan celestial, como pan bajado del cielo. El más famoso, es el capítulo 6 del evangelio de San Juan, lugar en el cual, Cristo mismo, no se relaciona con el maná; sino que se presenta como el *nuevo* maná, subrayando así su superioridad de *nuevo*, y la absoluta necesidad de comunión con él para tener vida; tema enfatizado con las figuras del *comer su carne y beber su sangre*. Prácticamente, Jesús mismo asocia la realidad del maná, con la Eucaristía y esto es muy significativo, porque al igual que la Alianza y el banquete de la Pascua, de los cuales se ha hecho mención arriba, también este contiene un sentido esencial de comunión, pues el maná, no es pan de uno, o de dos, sino de todos; es el pan de la familia, del pueblo, es el alimento de la unión y comunión.

⁵Fracción del pan, santo sacrificio, santo sacrificio de la Misa, sacrificio de alabanza, sacrificio espiritual, Eucaristía, Banquete del Señor, Asamblea eucarística, Comunión, Santa Misa. CEC. 1328-1332

En el milagro de la multiplicación de los panes que precede al discurso de Jesús donde persuade acerca de la necesidad de comer su carne y beber su sangre, se descubre una profunda necesidad de la multitud. Por tanto, el milagro se debe interpretar como respuesta a la necesidad de toda una comunidad. Y este pan, que luego se explicita haciendo la comparación con el maná, es un don del Señor para la comunidad, es Cristo mismo.

Jesús da pan a todos, pero hay que tener en cuenta el carácter simbólico de este pan, es solo una prefiguración de Jesús que se da como alimento a la comunidad. Jesús es el enviado del Padre, el pastor en medio de las ovejas anunciado por los profetas, es el pan de la palabra de Dios hecha carne; la muchedumbre sentada sobre pasto verde, para comer, es el nuevo pueblo de Israel, convocado por Jesús y alimentado por él mismo, al igual que Dios ha hecho en el Antiguo Testamento con el pueblo de Israel. Lo libera, salva, alimenta y lo lleva a la tierra prometida.

Es por eso que Oñoro afirma: *“Llegamos al núcleo, al culmen del discurso del pan de vida, la revelación de Jesús sobre sí mismo... Una vez que nosotros, descubrimos que no solo Jesús es el verdadero pan del cielo, el pan de vida, sino que hay que comerlo”*. (Oñoro, 2011) Porque no se trata de un discurso para convencer intelectualmente, sino para impulsar una manera de ser, en absoluta e íntima comunión con Jesús, que luego deriva en comunión con toda la comunidad. A esto se refería seguramente San León Magno al escribir: *“Cuando recibimos la comunión nos volvemos lo que recibimos; en un don de vida”*. Cf. (Gesteira, 1983) 568.

Interesantísima es la anotación que hacen los exegetas, acerca de cómo en Juan 6, hay 7 afirmaciones, centradas en el tema del *comer*, y el término *comer* como ya se ha dicho, implica esa dinámica de entrar en comunión muy íntima con alguna persona. Ni una sola afirmación se repite al pie de la letra, hay variante y en cada variante, una nueva ventana, para comprender la profundidad del misterio de la comunión que nos trae este nuevo maná, que tenemos a nuestro alcance en la celebración eucarística, donde Jesucristo se encuentra realmente presente. Es interesante contemplar estas siete afirmaciones, tomadas de Fidel Oñoro Cf. (Oñoro, 2011).

1. Afirmación negativa: *“Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros”*.
2. Afirmación positiva: *“el que come mi carne y bebe mi sangre tienen vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”*

3. Vuelve a insistir: *“Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida”*.
4. Vuelve la afirmación pero actualiza el tema de la Alianza: *“El que come mi carne y bebe mi sangre vive en mí y yo en él”*.
5. Se basa en una comparación: *“Así como el Padre que me ha enviado posee la vida y yo vivo por Él, así también, el que me coma vivirá por mí”*. La alianza entre el discípulo y el Maestro viene de la comunión con el Padre y el Hijo a través de la comunión.
6. Afirmación impositiva, Jesús dice lo que ocurre en seguida: *“Este es el pan que ha bajado del cielo, no como el pan que comieron vuestros antepasados, ellos murieron”*.
7. La última es la más vibrante, la más positiva para el que entra en Alianza y en comunión con Cristo a través de la Eucaristía. *“El que coma de este pan vivirá para siempre”*

No hay duda, a luz de la figura del maná, la Eucaristía es comunión sin lugar a dudas. Es su naturaleza, su razón de ser, su mejor explicación. Jesucristo, es el pan que ha bajado del cielo, para ser comido y esta palabra no solo habla de comunión, sino al mismo tiempo explica claramente el grado de comunión que la Eucaristía reclama, primero con Cristo, pero luego con toda la comunidad. Cuando se comulga se está asumiendo la muerte y resurrección de Jesús, se está comulgando con la cruz y entonces el cristiano se convierte en otro Cristo para los demás. El maná nos indica que la Eucaristía, tiene sus dimensiones personales, pero está diseñada para la comunión, de otro modo, se le contradice.

En conclusión, a la luz de estas tres realidades históricas del pueblo de Israel: La Alianza, la Cena de Pascua y el Maná, como prefiguraciones de la Eucaristía, queda muy claro, que a la par de que ella es Memorial, contiene un dispositivo natural, que lleva del Memorial a la comunión. Prácticamente la comunión define el Memorial en cada una de sus partes: salvación de todos, sacrificio por todos y pan para todos. Sin lugar a dudas, existen otras razones para asociar esas realidades con la Eucaristía, pero el tema de la comunión es de primer orden y es lo que se ha tratado de explicar.

Es importante no perder de vista, que el significado de estas realidades trascienden a la cuestión histórica. Porque eso revela un dato importante y es que la comunión es una realidad histórica, no se trata de comunidades virtuales, se trata propiamente de una comunión que genera compromiso, con Dios y con los demás. Además, la comunión trasciende las fronteras de la historia, en cuanto que es signo del Reino que ha llegado en Jesús, por tanto es una realidad mesiánica, pero también escatológica en cuanto anticipo del mundo futuro.

3. A la luz del Magisterio de la Iglesia

No es posible en este lugar, hacer una presentación exhaustiva de la riqueza doctrinal, acerca de la Eucaristía que brota del Magisterio Eclesial. Sin embargo, teniendo como foco de atención el tema de la Eucaristía como Comunión, se pueden subrayar algunos aspectos, que denotan, esa fe tan antigua de la Iglesia, sobre el sacramento de la Eucaristía, entendida como comunión (Cf. Hch 2,42-26).

En los escritos de los Padres de la Iglesia, nunca faltó doctrina sobre la Eucaristía. Uno de los elementos siempre subrayados es el aspecto de la comunión. Juan Crisóstomo, decía por ejemplo: *“No muchos cuerpos, sino un solo cuerpo. Pues así como el pan está hecho de muchos granos de tal manera unidos que han desaparecido como tales y, aun formando parte del pan, la diferencia entre ellos ha desaparecido por la mutua fusión, de igual manera nosotros nos unimos mutuamente y con Cristo. Porque no te alimentas tú de un cuerpo y aquél de otro cuerpo, sino que todos nos alimentamos del mismo. Por eso añade: todos participamos de un mismo pan.”* Cf. (Gesteira, 1983) 217.

La Iglesia no es una simple corporación humana, su origen está en el Misterio de la Santísima Trinidad que es la comunión perfecta. Por tanto, salvación y comunión van de la mano. Es esta misma comunión la que provoca, justifica y exige la comunión de las Iglesias, vinculadas sobre todo a través de la Eucaristía. *“Nuestra manera de pensar armoniza con la Eucaristía, a su vez la Eucaristía confirma nuestra manera de pensar* (San Ireneo, *haer.* 4, 18,5)”. (CEC, 2000) 1327.

La Eucaristía, es el regalo más grande y sublime que Cristo ha dejado a la Iglesia, el centro de la actividad de la Iglesia. Cada cristiano, en la medida en que lleva una vida sacramental,

principalmente participando del banquete del Señor dignamente en unión y comunión con la comunidad cristiana, entonces entra en comunión con la Santísima Trinidad. La gracia y fuerza transformadora del Misterio Pascual de Cristo, armoniza todo el ser del creyente convirtiéndolo en templo vivo del Espíritu Santo. El Catecismo de la Iglesia dice, con relación al pensamiento de Ireneo: *“la Eucaristía es el compendio y suma de nuestra fe”*. (CEC, 2000) 1327.

San Agustín es tenido como un de los grandes teólogos de la teología Eucarística. Él no duda en afirmar que la Eucaristía es sacrificio, pero un sacrificio cuyo fruto más importante es la unidad: *”sacramento y sacrificio de la unidad de la Iglesia”* (CEC, 2000) 1327. De esa cuenta, San Agustín en la línea de san Pablo, son grandes promotores de la unidad del cuerpo de Cristo, y para ellos, Eucaristía e Iglesia son lo mismo: Cuerpo de Cristo. Esto implica que desde ningún punto de vista es admisible, el hecho de que se pueda comulgar con Cristo, sin asumir el compromiso de comulgar con los hermanos. (Gesteira, 1983) 217. Comulgar con Cristo, sin comunión con el hermano, significa comer el cuerpo del señor indignamente, tal como lo había enseñado Jesús: *“Por tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar, y allí te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar, y ve, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda”*, (Mt 5,22-24). La Eucaristía, no solo demanda la unidad, sino que ella misma es un agente de unidad.

Desde este punto de vista, la comunión es un proceso dinámico. La comunión con Cristo lleva a una transformación esencial del creyente en el tema de la comunión. Ella es un acontecimiento que afecta toda la vida de las personas, como diría san Agustín: *“Cristo nos forma según su imagen de manera que los rasgos de su naturaleza divina resplandezcan en nosotros a través de la santificación, la justicia y la comunión...”* (Gesteira, 1983) 230. El cristiano en la Eucaristía comulga con la misma caridad de Cristo, que lo impulsa a vivir la propia vida, en unidad y comunión con los demás.

San Ireneo por su parte (177 – 178), discípulo de San Policarpo, el cual había sido discípulo de San Juan apóstol, tuvo que luchar férreamente contra las herejías que defienden lo espiritual y condenan lo material. En este sentido y como un aporte valioso para la investigación que se desarrolla, es que ante el dualismo antagónico, reclama que *“Cristo en la Eucaristía está presente en su humanidad y divinidad, en algo material que es el pan.”* (Gesteira, 1983) 594. ¿Si

se desprecia lo material de Cristo, cómo es posible que los herejes puedan celebrar la misa, si ahí Cristo se hace presente en algo material? Porque no se puede despreciar lo material de Jesús, y apreciar el medio Material por el cual Dios nos ofrece el don de Jesús. Cf. (Gesteira, 1983) 594-595. Iluminados por estas palabras llenas de sabiduría, la Eucaristía es la síntesis perfecta, de la comunión entre lo divino y lo humano.

De manera particular, es necesario recordar que san Agustín siempre insistió en la presencia real del Señor en la Eucaristía y su carácter sacrificial. Esto es esencial, porque a partir de ahí, insiste de un único sacrificio, que solo puede plasmarse en el cuadro de un sacrificio de unidad. La Iglesia debe a este gran doctor de la Iglesia la doctrina de la Eucaristía como sacramento y sacrificio de la unidad. Claro que el deseo inicial fue de Jesús, que todos seamos uno en la Trinidad divina (Cf. Jn 17,21).

La Iglesia ha venido guardando el depósito divino guiada y animada por el Espíritu Santo, a través de medio tan humanos pero modelos de fe y entrega a la causa del Reino. El Señor está presente permanentemente en su Iglesia en el Sacrificio Pascual que el cristiano celebra y participa con fe y entrega del Cuerpo y la Sangre del Señor. Como consecuencia de esa relación de amor se realiza la íntima comunión con la Santísima trinidad, el ministerio apostólico, toda la comunidad eclesial, extendiendo también la comunión con todos los hijos de Dios dispersos en el mundo y el cosmos: *“El hombre está hecho para vivir en comunión con Dios, en quien encuentra su dicha.* (CEC, 2000) 47. La vocación primera del ser humano es vivir unido a Dios a través del cumplimiento de sus mandatos; asumiendo con paciencia, alegría y agradecimiento la cruz redentora de Cristo para participar también de su resurrección y gloria eterna.

Es importante también el aporte de san Cirilo, obispo de Alejandría (412-444), cuando declara que, *“a través del misterio eucarístico se participa del misterio pascual de Cristo, se establece comunión con la Trinidad de la manera más íntima, por la cual se alcanza la unidad deseada por el mismo Señor Jesús.”* Cf. (Gesteira, 1983) 578. Y la causa de tan íntima comunión, Cirilo enseña que es *“La comunión eucarística une al hombre con Cristo como dos trozos de cera se funden juntos: la carne de Cristo nos vivifica y santifica cuerpo y alma, así como la levadura penetra y transforma la masa”* (Gesteira, 1983) 622. De esta manera, es contundente la enseñanza de los Padres de la Iglesia, acerca de lo esencial que es la comunión y

el grado de comunión. Llega a tal punto como lo afirma Pablo en la carta a los Gálatas: *“ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”* (Gal 2,20).

En la reflexión teológica sobre la Eucaristía como comunión, es necesario recordar también a santo Tomás de Aquino, pues su aporte teológico ha sido muy influyente en la teología del Magisterio de la Iglesia, obviamente centrando la atención en el aspecto de la comunión.

Se debe señalar en primer lugar, que para santo Tomás, la unidad eclesial tiene su origen en Dios y por eso le es una de sus propiedades esenciales. A la luz de esa idea, Bruno Forte afirma que: *“la Iglesia es objeto de fe, que remite totalmente al destinatario supremo del acto de creer, el Dios vivo, el único del que proviene, del que participa y al que tiende la unidad eclesial”*. (Forte, 1996) 45. Resulta interesante, porque la unidad es un tarea, un compromiso de los cristianos, pero es también un don de Dios. En este sentido la Eucaristía como misterio de fe, da a la comunidad la gracia capaz de generar, construir, sostener la unidad y comunión en la comunidad.

Pero la gran novedad de Tomás de Aquino, tiene que ver con subrayar la presencia real de Jesucristo bajo las especies de pan vino. Recuerda que pan y vino contienen la presencia total de Cristo, por cuanto que la Eucaristía gira en torno a la unidad de Cristo y desafía a la unidad a quienes participan en ella. Esa insistencia en el cuerpo de Cristo uno y total, configura a la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo. (Gesteira, 1983) 237. Para justificar esta reflexión Tomás de Aquino *“insiste en la Eucaristía como el sacramento de la caridad, en el que acaece la comunión de todos los miembros de la Iglesia, la «unidad eclesial»*. Por ello la Eucaristía puede aprovechar a todos los fieles en la medida en que participan, al menos en un grado mínimo, de esa caridad y comunión eclesial”. (Gesteira, 1983) 391.

Es de esa cuenta que Juan Pablo II, se hace eco de las palabras de santo Tomás, para indicar que la Eucaristía, es la suprema manifestación sacramental que necesita celebrarse con integridad, y lo recuerda con las palabras del Santo: *“porque ella es, la consumación de la vida espiritual y la finalidad de todos los sacramentos”*. (Juan Pablo II, 2003) 38.

San Buenaventura, contemporáneo de santo Tomás, refiriéndose al aspecto simbólico de la Eucaristía, dice que en ella existen todas las misericordias que son remedio para todas las

dolencias de las humanidad y desde esta perspectiva en la línea de santo Tomás, enseña que la Eucaristía es el sabroso alimento sobrenatural para la vida espiritual, especialmente en la tarea de la comunión. Es el alimento esencial para la edificación de la Comunidad. En ese sentido, los frutos maravillosos que da la Eucaristía capacitan al creyente para estar en todo momento unido a Cristo, en su Misterio de la cruz muerte y resurrección, porque Cuerpo Eucarístico y Cuerpo Místico, se reclaman mutuamente. (Gesteira, 1983) 231.

Por último, merece la pena fijarse en el Concilio Vaticano II, el cual, con respecto a la relación Eucaristía y comunión fue desafiante, pues es un tema que no aborda desde el dogma, como lo hizo el Concilio de Trento (1545-1563), sino enfocándose esencialmente en la cuestión pastoral.

Para el presente tema, es importante anotar, que el vaticano II ha puesto al centro de su reflexión teológica, La Eucaristía, la Iglesia y la palabra de Dios. De esa cuenta, el tema eucarístico esta presente por todas partes, sin embargo hay dos documentos doctrinales del Concilio, en los cuales, la Eucaristía está al centro de la reflexión: La Lumen Gentium donde se dice que la *“La Eucaristía es la fuente y culmen de la vida cristiana”* LG 11; y la Sacrosanctum Concilium donde dice que: *“el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia”*. (SC, 1963) 2.

Se acepta que el Concilio Vaticano II, fue un Concilio eclesiológico y por eso resulta interesante, para la presente investigación, el lugar en el cual sitúa la Eucaristía, ya que desde tal perspectiva a la Iglesia se le puede definir perfectamente como una comunidad eucarística.

Se confirma lo que hasta el momento se ha venido exponiendo: La Eucaristía es centro del encuentro y comunión entre Dios y su pueblo. Cuando el Concilio afirma que el sacrificio eucarístico es la fuente y cumbre de la vida cristiana, está prácticamente indicando que no hay Iglesia sin Eucaristía, que es imposible la comunidad sin Eucaristía. La Eucaristía contiene lo más grande y valioso de la vida y misión de la Iglesia: formar el cuerpo místico de Cristo: la comunidad.

La perspectiva del Concilio confirma lo que hasta este momento se ha expresado, la eclesiología no puede ser de otra forma, que una Eclesiología de Comunión. *“La Iglesia es en Cristo como un sacramento, es decir como signo e instrumento de la comunión íntima con Dios y de la unidad del género humano”* (LG 1). El vaticano subraya abundantemente que en la participación de la Eucaristía se da la comunión de los fieles. Comunión que se difunde en todos los niveles: vertical y horizontal. La vertical de la comunión de la Iglesia que peregrina con la Iglesia celestial; y la horizontal hacia toda la familia humana, ya que la Iglesia constituye *“un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación”* (LG. 9). Subrayando que la eclesiología de la comunión no se reduce a cuestiones de organización y posesión de poderes nada más, sino más bien a la noción de *Koinonía* = comunión, para el orden en la Iglesia, la unidad, pluralidad y para la unidad ecuménica.

En la misma línea se sitúa la interpretación de Juan Pablo II, el cual, haciendo alusión a la LG 3 dice: *“Cuándo la Iglesia celebra la Eucaristía, Memorial de la muerte y resurrección de su Señor, se hace realmente presente este acontecimiento central de salvación y se realiza la obra de nuestra salvación”*. (Juan Pablo II, 2003) 11.

La Iglesia es “comunión”, ese es su origen y su misión. Dios se ha revelado de manera invisible y visible en ella. Se encarga de reunir y unir a los hijos de Dios para la gran experiencia de comunión a través de la escucha de su Palabra y de muchos medios de santificación, principalmente de la participación del misterio pascual. Es el sacramento central de la vida cristiana en el que se da unión, comunión entre lo humano y lo divino, a través del pan y del vino ofrecido por el sacerdote y la comunidad en el altar, el cual se transforma en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, alimento de vida Eterna. La comunidad de los fieles que participan del banquete eucarístico entran en íntima comunión con El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Como fruto de esa experiencia de comunión, la Iglesia hace presente el Reino de Dios hasta los confines del mundo y hasta el final de la historia.

En resumen, es posible afirmar con el Catecismo, que la Eucaristía es *“Sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda para la gloria futura”* (CEC, 2000) 1323. Kasper ayuda a comprender la comunión cuando insiste que la participación de los fieles en la Eucaristía debe ser

activa, atenta a los signos que manifiestan al espíritu Santo, consciente y piadosa. No se trata solo de participar sino de meterse en el misterio eucarístico, de tal modo que la comunidad pueda dejarse transformar por él. Cf. (Forte, 1996) (Espeja, 1989) (Espeja, 1989) (Kasper, 2005) 138.

Para concluir este segundo capítulo se puede decir que a la luz de las prefiguraciones bíblicas sobre la Eucaristía y siguiendo la Enseñanza del Magisterio de la Iglesia, es imposible comprender la realidad teológica del sacramento de la Eucaristía fuera de la realidad teológica de la comunión.

CAPÍTULO III

APORTES DE LA TEOLOGÍA EUCARÍSTICA PARA LA ACCIÓN PASTORAL

La investigación que se ha realizado busca ante todo constituirse en un aporte significativo para la pastoral, desde una espiritualidad eucarística, basada en ella como Memorial de Salvación, del sacrificio de Cristo y de su presencia activa en medio de la comunidad. Se ha visto que dicha espiritualidad, se materializa y alcanza su punto culminante en la realidad teológica de la comunión Eclesial. Por tanto, la espiritualidad Eucarística, se centra en la actualización permanente, de la presencia de Cristo, que salva mediante el sacrificio de la cruz, y que desde ahí atrae a todos hacia sí (Cf. Jn 12, 20-33).

1. Hacia un pastoral centrada en la persona de Cristo

Es pues indispensable, desde la espiritualidad eucarística, una pastoral que actualice la presencia liberadora de Jesucristo, a través de todos los medios posibles, pero sobre todo, a través de la comunión. Es así como lo han plasmado los Obispos de Latinoamérica en Aparecida, que cuando hablan de conversión pastoral, el tema de la comunión está a la base de todos. Cf. (APARECIDA, 2007) 365-372.

Esto significa una sola cosa, que no puede haber actividad pastoral que no arranque y concluya en la persona de Cristo. Más allá de las ideas, proyectos y pensamientos, es necesario que la pastoral se convierta en un acto presencializador de Cristo, y que para esto, ella requiera que se ponga a la Eucaristía como su gran prioridad. Porque la Eucaristía, es la madre de todas las acciones que realiza la Iglesia para llevar a cabo el anuncio del Reino de Dios.

Es sumamente interesante, recuperar el sentido de Memorial presente en la Eucaristía. Porque hoy más que nunca, es necesario visibilizar la salvación que Jesús trae al mundo. La acción pastoral debe llevar a comprender, que la Eucaristía contiene en sí toda la fuerza liberadora que necesitan las comunidades de hoy, explotadas, agobiadas y esclavizadas.

Desde esa perspectiva es necesario que la Eucaristía, se comprenda, como algo que va de un bello recuerdo semanal acerca del sacrificio de Cristo y se convierta en una propuesta que motive al sacrificio y la entrega personal, para la construcción de un mundo mejor. No cabe duda que todavía se está lejos de todo lo bello que se ha podido investigar acerca de la Eucaristía. Pues más que una actualización de la vida de Cristo, las celebraciones son auténticos velorios, donde se recuerda la muerte de Cristo.

La espiritualidad eucarística tiene pues en ella misma, toda la potencia de inspirar una pastoral alegre, comprometida con la vida en medio muchas veces de situaciones de muerte; una pastoral que sana y libera, que lleva a la comunión íntima con Jesús, que convoca, llama, levanta y proclama la presencia vida de Jesucristo en medio de la comunidad, que lleva las marcas de la compasión y de la caridad, sobre todo de la comunión, donde se vuelve común la entrega de todos para todos, donde cada quien se vuelve don para los demás.

Es necesario una pastoral que actualice la Salvación, el Sacrificio de Cristo y sobre todo, la presencia del Señor Jesús en medio del Mundo. La pastoral tiene que ayudar a entender y sentir esa presencia siempre cercana y liberadora.

El corazón de la actividad pastoral, debe estar en la Eucaristía como encuentro real con la persona de Jesucristo, que en los dones del pan y del vino consagrados está presente con toda su gloria, poder y majestad. Pero una acción pastoral que en dicho encuentro de adoración profunda, se inspira para la veneración de Cristo en los hermanos y las hermanas. Y en este sentido, la acción pastoral debe cuidar que la devoción del Santísimo Sacramento, no se vuelva un acto de piedad individualista que aparte de la comunión se use como excusa para no participar en la Eucaristía, sino que las capillas de adoración perpetua, sean integradas en la pastoral de conjunto, de manera que no se queden como actos aislados de piedad personal, sino que se conviertan en testimonio eficaz, de una comunidad consciente de que Cristo realmente acompaña el caminar de su Iglesia, tal como él mismo lo ha prometido *“Yo estaré con ustedes todos los días hasta el fin del mundo”* (Mt 28,20).

Los Obispos en Aparecida, han expresado una gran preocupación pastoral por la juventud, y entre los desafíos que la pastoral afronta ante ellos, han apuntado los obispos, la necesidad de que la pastoral, *“buscará implementar una catequesis atractiva para los jóvenes que los*

introduzca en el conocimiento del misterio de Cristo, y se buscará mostrarles la belleza de la Eucaristía dominical, que los lleve a descubrir en ella a Cristo vivo y el misterio fascinante de la Iglesia.” (APARECIDA, 2007) 446. No basta una buena catequesis para esto, aunque ayudaría muchísimo, sino una experiencia renovada de toda la comunidad en su vivencia del sacramento de la Eucaristía. Cada vez más la juventud en la comunidad parroquial, pide a gritos una experiencia más viva, profunda, comprometedora y con sentido de la Eucaristía a toda la comunidad.

Hoy más que nunca, se constatan realidades sociales y algunas religiosas, que demuestran un gran vacío de Cristo. En estas realidades y a la luz de lo que ha explicado en los capítulos anteriores, la Eucaristía debe constituirse necesariamente, en una auténtica prioridad para responder a tales situaciones. Pero no basta la Eucaristía como recuerdo, sino como actualización viva de Cristo, que llega a las comunidades y al igual que en la tierra de Palestina, cuando él estuvo físicamente sobre la tierra, la gente le sienta vivo y con una respuesta concreta y efectiva acerca de sus necesidades.

Es importante, que ante los desvíos que surgen en torno a la devoción Eucarística que santo Tomás de Aquino advirtió como idolatría, la pastoral genere acciones que impidan que la Eucaristía, se quede simplemente como un sacramento de devoción, perdiendo de vista, su esencialidad que es la comunión. La Comunión obviamente no niega lo personal, pero sí se ve lastimada seriamente, cuando la persona se queda en su relación con Cristo, desde lo individual.

Se espera que la Pastoral contemple lo sagrado de la presencia actual de Jesús en la Eucaristía, pero también después de la Eucaristía, de tal manera que los dones, sean tratados con decoro, devoción y respeto. A veces se ha visto el ministerio extraordinario de la comunión, como un modo de dar participación a la comunidad en el servicio del altar, dejando por un lado el testimonio de vida de quienes son llamados y sobre todo dejando por un lado su formación en lo que al sacramento respecta. No se trata de volver a la Edad Media, tiempo en el cual, la devoción eucarística alcanzó dimensiones fastuosas externas, para tomar conciencia de la presencia real de Cristo en los dones del pan y del vino consagrados, tampoco de recuperar los sagrarios y las custodias de oro de grandes dimensiones; pero sí de recuperar una devoción y

comportamiento que sea acorde y digno, con la presencia de Nuestro Salvador en la hostia consagrada.

2. Hacia una pastoral de comunión

Es necesario que la acción pastoral se comprometa con el fin de favorecer en todo momento una espiritualidad de Comunión. Recordar que Cristo se ha quedado en la Eucaristía para ser comido y no para ser adorado. Debe ser una experiencia, en la cual se comprenda dicha comunión con Cristo, como anticipo y exigencia de la comunión con los demás y sensibilizar que la comunión con Cristo, es completa solo cuando se comulga con los hermanos.

Es menester en la pastoral recuperar todo ese simbolismo que envuelve el misterio de la Eucaristía, ya que contiene en sí, un mensaje pero también una exigencia. El mensaje de la comunión y la urgencia de la comunión. En la practica pastoral, se debería aprovechar esa tremenda sensibilidad de la comunidad por los símbolos y signos, para acercarla al Misterio de la Eucaristía. Ese acercamiento, ayudaría a pasar de lo abstracto al plano de la vida. Es decir, llevar el simbolismo a la vida. A tal punto de entender la Eucaristía como alianza, como pacto que compromete, como banquete al cual todos debieran sentirse convidados y como maná para sentirse comunidad que peregrina hacia la patria definitiva, pero que goza de la asistencia de Dios en tan largo y a veces penoso viaje.

Este simbolismo eucarístico sigue aun sin explotarse pastoralmente. La Eucaristía es alianza, pero no se ha entendido con quién o quiénes, porque la celebración si bien es una celebración de multitudes, mucha gente se siente solitaria y sin compromiso, ni con Dios, ni con la comunidad. Dios, Trinidad divina, comunión por excelencia durante la historia, movido por su amor y misericordia; ha hecho alianza con los hombres revelando su plan de salvación. Dios entra en comunión con su pueblo predilecto y les da los medios para caminar en su presencia, para ser el pueblo mesiánico y escatológico.

La Alianza y la Eucaristía tienen una causa principal: la experiencia del amor gratuito de Dios, que plantea el desafío de ser pueblo de Dios, esto debe llevar a la Iglesia a tomar conciencia de su compromiso, de mantener y promover los valores del Reino. A identificarse como pueblo de la nueva alianza, alimentada y fortalecida por la Palabra de Dios, los

sacramentos y principalmente con el Sacramento la Eucaristía, alimento de salvación, Cristo en su misterio Pascual realiza con su Pasión, Muerte y Resurrección la grande y definitiva alianza de comunión entre Dios y los fieles que participan del pan eucarístico. Desde esa experiencia de comunión como comunidad cristiana universal, cada cristiano, abraza a toda la humanidad redimida por Cristo.

El simbolismo del banquete que está detrás de la Eucaristía sigue sin entenderse, menos aún, el hecho de que Jesús haya asociado la Eucaristía con un banquete altamente significativo para el pueblo de Israel, determina su importancia. La Eucaristía que es memoria de salvación, canto de libertad, desafío de liberación, debiera ser la experiencia más liberadora en la vida de la comunidad. Pastoralmente falta interiorizar en la práctica ese sentido de banquete.

En el discurso abundan palabras acerca de la Eucaristía como banquete, pero como experiencia parece que se sigue sin entender, puesto que en un banquete todos quieren participar, quieren comer y compartir. Pastoralmente este es un tremendo desafío que se debe impulsar. La Eucaristía es donde la familia se encuentra como tal, pero reunida para celebrar lo que Dios ha hecho por ella: *“Este será un día memorable para vosotros, y lo celebrareis como fiesta en honor de Yahvé de generación en generación. Decretareis que sea fiesta para siempre”*. (Cf. Ex 12,14). Cena familiar, comunitaria, gran fiesta en la que todos reunidos como familia y como pueblo, alrededor de la misma mesa, hacen memoria de la salvación de Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.

El simbolismo del maná, del pan bajado del Cielo, ha enseñado con una transparencia increíble, lo esencial de la Eucaristía para la vida de la comunidad. Es alimento, es pan, es comida. De tal modo, que lo mismo que no es posible la vida material sin los alimentos, igualmente, es imposible la vida espiritual de la comunidad sin la Eucaristía. Pastoralmente merece la pena que este simbolismo sea no solo interpretado sino aplicado, pues en estos tiempos se vive, una necesidad de tantas cosas: prédicas, alabanzas, encuentros, retiros y en todo esto, la Eucaristía no encuentra un lugar esencial. La comunidad no puede suplantar la Eucaristía por ninguna otra cosa, porque entonces se muere. En torno al nuevo maná, toda la comunidad debiera experimentarse participando de los mismos alimentos que fortalecen para un largo camino de lucha, de esfuerzo y peregrinación.

Ojalá pastoralmente se pudiera ser más atento al simbolismo eucarístico presente en la Biblia, El Magisterio en sus santos padres, doctores y concilios, ha manifestado siempre una enorme sensibilidad por esto. Sin embargo, toda esa riqueza del Magisterio aparece todavía muy pobremente en la catequesis eucarística de las parroquias. Atender este aspecto, ayuda en la formación de los agentes de pastoral y en la misma comunidad cristiana, para que al reflexionar sobre tan extraordinario misterio ayude a enamorarse más de Jesús Eucaristía dentro de la celebración litúrgica, ya que Cristo está en su Misterio Pascual muy interesado en darse como alimento de vida eterna.

3. Hacia una pastoral generadora de comunidades eucarísticas

Se ha visto en esta tesis que la vida eclesial ha girado siempre en torno a la Eucaristía. Con esto se debe entender que pastoralmente hay aquí un reclamo por comunidades verdaderamente eucarísticas. No sólo porque celebran la misa o porque tienen una capilla de adoración perpetua, sino porque viven lo que celebran: la entrega total de Cristo para la salvación del mundo.

Una comunidad eucarística será aquella, que del Misterio Eucarístico aprende a donarse, a servir, a lavar los pies de los demás y a servir incondicionalmente. La Eucaristía es lo más grande que podemos pensar, decir y creer de la fe cristiana, inclusive de cualquier espiritualidad. Dice Juan Pablo II: *“La Eucaristía crea comunión y educa a la comunión”* (Juan Pablo II, 2003) 40. La Eucaristía es la mejor herencia que Cristo ha dejado a la Iglesia para reunirla, animarla, alimentarla y fortalecerla en el caminar hacia la casa del Padre, pero también su más grande desafío.

Es necesario con humildad volver los ojos a las fuentes, volver la mirada a las primeras comunidades y situarse al igual que ellas, delante de la Eucaristía, con el compromiso de que nadie entre ellos, pasara necesidad. Esto mismo dice el libro de los Hechos, que atraía a más personas que se adherían a la comunidad. Ser comunidades eucarísticas, es el testimonio que más está urgiendo el momento actual, para que la gente crea en verdad que se es la comunidad de Jesús. No se puede hablar de Iglesia sin Eucaristía, ni de Eucaristía sin Iglesia. Hoy más que

nunca la Eucaristía debe tenerse como una prioridad pastoral, pues solo eso daría sentido al camino que la comunidad realiza todos los días para la construcción del Reino.

Urgen comunidades eucarísticas, porque solo ellas sabrán llevar adelante una auténtica pastoral de conjunto, en comunión y participación guiados por los pastores, alimentados por la Palabra de Dios e impulsados por la fuerza transformadora del Espíritu Santo. *“Todas las comunidades y grupos eclesiales darán fruto en la medida en que la Eucaristía sea el centro de su vida y la Palabra de Dios sea faro de su camino y su actuación en la única Iglesia de Cristo”*. (APARECIDA, 2007) 180.

4. Hacia una pastoral iluminada por la Palabra de Dios y el Magisterio de la Iglesia

Conviene que la acción Pastoral retome el valor de estudiar y profundizar en el estudio de la palabra de Dios y de la palabra de Magisterio de la Iglesia. Es indescriptible la enorme riqueza que la Sagrada Escritura y la voz del Magisterio de la Iglesia aportan para una justa comprensión de la Eucaristía. Es preciso que los predicadores y hermanos al frente de los diferentes ministerios parroquiales, profundicen en la palabra de Dios, en la palabra del Magisterio de la Iglesia, porque en esta palabra se encuentra la luz para iluminar el misterio de la Eucaristía que se celebra en la comunidad. Es fundamental considerar, también, no solo el estudio de la Biblia y el Magisterio, sino procurar espacios de formación sistemática que realmente ayuden a profundizar en el tema eucarístico, pero al final, cualquier tema teológico que fortalezca la vida espiritual y el compromiso de las comunidades.

Tal como narra el evangelio de san Lucas, los discípulos de Emaús al oír la Palabra sintieron arder su corazón, pero sus ojos solo se abrieron al partir el pan, y entonces pudieron reconocer al Señor. (Lc 24). No puede haber una pastoral que diga Biblia sí, comunidad no. O viceversa.

CONCLUSIÓN

Es de suma importancia para una justa comprensión del sacramento de la Eucaristía, dejarse guiar por la Palabra de Dios y por la palabra del Magisterio de la Iglesia, pues por medio de ellos, se profundiza con una enorme riqueza, sobre el significado de la Eucaristía para la comunidad de Jesucristo, nuevo pueblo de Dios.

Iluminados por la Palabra de Dios y la Palabra del Magisterio de la Iglesia, se ha comprobado el valor de la Eucaristía como *Memorial*. De ahí, que la naturaleza de la Eucaristía radica que en ella se actualiza el Misterio de la Salvación por medio del Sacrificio de Cristo en la cruz y sobre todo por la actualización de la presencia de Cristo, que acompaña el caminar de las comunidades, mientras se asiste a disfrutar de la gran presencia de Cristo, en el gran banquete celestial, al final de los tiempos.

Por tanto, si la celebración eucarística es *Memorial*, es erróneo una comprensión de la Eucaristía como la simple reproducción de un evento acaecido en el pasado. El *Memorial*, subraya el aspecto, de que por medio de la Eucaristía, llegan al momento presente, los efectos y los frutos de la salvación operada por Cristo y se actualizan esencialmente, porque la Eucaristía hace presente realmente al salvador, con toda su potencia salvadora.

De la actualización de la presencia de Cristo en el misterio Eucarístico, nace la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo y de ahí, ella aprende su razón de ser en el mundo, instrumento de salvación. Es la presencia de Cristo, condensada en la Eucaristía, la fuente de toda la acción pastoral de la Iglesia.

Pero la celebración eucarística no se agota en la celebración del Memorial, sino que conduce al compromiso, especialmente el que brota de la Eucaristía como realidad teológica, es decir, como comunión eclesial. Por tanto, es necesario pasar del Memorial a la comunión, pues la comunión es la expresión más excelente de la presencia eucarística de Cristo y de la Iglesia como Cuerpo místico de Cristo.

La comunión, es el aspecto esencial que nos sugiere el texto bíblico y el Magisterio de la Iglesia, al momento de interpretar el sacramento de la Eucaristía, es el modo más importante de

llevarla a la vida. Esta comunión tiene su base en la comunión Cristo, pero luego se extiende en la comunión a los hermanos. La Eucaristía es a raíz de esto, fuente y culmen de la vida cristiana.

Toda esa riqueza contenida en la Eucaristía a la luz del *Memorial y de la comunión*, nos abre a una propuesta de espiritualidad eucarística para la acción pastoral. Desde esta perspectiva, no cabe otra pastoral, sino aquella que hace presente a Cristo y es generadora de comunión.

La intimidad de una cena Pascual que el Señor escogió para mostrar su presencia, se convierte al nivel escatológico en la alegría tremenda de una fiesta nupcial: *“Alegrémonos y regocijémonos y demosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa se ha engalanado...”* (Ap 19,7).

Que este trabajo sea un aporte a la comunidad eclesial, a cada grupo pastoral y cada cristiano en particular, para que con mayor conocimiento y profundización del sacramento central de la fe, se pueda tener mayor participación consiente y responsable que integre a todos en artífices de verdadera comunión. Es importante que las comunidades se vuelvan un espacio, en el cual, cada hermano, pueda experimentar el gozo de encontrarse con su familia, con la que puede contar en cualquier momento.

BIBLIOGRAFÍA

- Juan Pablo II. (2003). *Ecclesia de eucharistia*. Roma, Roma: Editrice Vaticana.
- APARECIDA. (2007). *Aparecida*, Brasil: CELAM.
- Kasper, W. (2005). *Sacramento de unidad, Eucaristía e Iglesia*. Santander: Sal Terrae.
- SC. (1963). Roma, Roma: Editrice Vaticana.
- Toulouse, F. d. (1982). *La Eucarsitía en la Biblia*. Navarra, España: Verbo Divino.
- Toulouse, F. d. (1993). *La Eucarsitía en la Biblia*. *CUadernos Bíblicos* 37 , 62.
- Finkenrath G. (1999). Misterio. In E. B. L. Coenen, *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento* (pp. 94-98). Salamanca, España: Sigueme.
- Arnau, R. (1994). *Tratado general de los sacramentos*. MADrid, España: BAC.
- CEC. (2000). Bogotá, Colombia: CELAM.
- SCHILLEBEECKX, E. (1965). *Cristo, sacramento del encuentro con Dios*. San Sebastián , España: DINOR S. L.
- Cipriani, S. (2001). Eucaristía. In P. R. G. Ravassi, *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica* (pp. 578-587). Madrid, España: San Pablo.
- Patsch, H. (2001). Anamnesis. In S. G. Balz H., *Diccionario Exgético del Nuevo Testamento* (pp. 251-254). Salamanca, España: Sígueme.
- Gesteira, M. (1983). *La Eucaristía Misterio de Comunión*. MADrid, España: Cristiandad.
- LG. (1964). Roma: Editrice Vaticana.
- Jeremias J. (2003). *la ultima cena*. Madrid, España: Cristiandad.
- PCB, P. C. (2002). *El pueblo judío y sus escrituras sagradas*. Roma, Italia: Editrice Vaticana.
- Leon-Dufour. (1965). *Vocabulario de la Teología bíblica*. Barcelona, España: Herder.
- Fitzmyer, J. (2004). *Teología Paulina. Nuevo comentario Bíblico San Jerónimo*. (Vol. II). Pamplona, España: Verbo Divino.

Aguirre, R. (1994). *La Mesa Compartida. Estudios del NT desde las ciencias sociales*. Bilbao: Sal Terrae.

Oñoro, F. (2011). *El evangelio de San Juan*. recuperado de: <http://martinalba.blogspot.com/2011/06/evangelio-san-juan-651-58.html>.

Forte, B. (1996). *La Iglesia de la Trinidad: Ensayo sobre el misterio de la Iglesia Comunión y misión*. Salamanca, España: Sígueme.

Espeja, J. (1989). *Sacramentos y seguimiento de Jesús*. Salamanca: San Esteban.

Castillo, J. M. (1985). *Simbolos de Libertad*. Salamanca: Sígueme.